

ZANGUEBAR. — Portadores de marfil. (Pág. 423).

CHINA.

CONDUCTA EJEMPLAR DE UN CONVERTIDO.

El P. Nicolás Guixá, dominico, escribe á su Padre Provincial desde Emuy con fecha 10 de enero de 1886:

Yo á ocupar su atencion por un breve rato describiendo las batallas que estamos sosteniendo los misioneros con estos hijos celestes, en las cuales, si á veces reportamos algun triunfo, tambien con frecuencia recibimos algunos balazos que nos afligen.

Ante todo, Padre mio, debe de tener presente que los misioneros en China estamos sufriendo una cruz oculta, é invisible á los ojos humanos, que si sabemos aprovecharnos de ella, de seguro no dejará de merecernos prometida corona. La razon es patente. Nos encontramos en un cotidiano sacrificio, que consiste en tener que sudar y trabajar en una viña donde abundan las malezas, brotan las espinas que nos lastiman, y escasean los frutos. Nos ha tocado la triste suerte de tener que comer el pan duro y desabrido al paladar. Deben tranquilizarnos aquellas consoladoras palabras, segun las cuales, el buen Padre de familias en el dia de justicia y retribucion atenderá al *quantum* de cada individuo, y no al *tantum*: por lo mismo nuestra única obligacion consiste en desmontar el terreno, allanar los obstáculos y preparar el campo para que pueda recibir la divina semilla. Plantada ésta en los corazones, la oracion

hará descender sobre ella el rocío del cielo que la fecundice y haga germinar segun la voluntad del Señor. No hay por que desfallecer; sin duda llegará el dia de recoger alguna sazónada espigueta; y quizás encontremos tambien alguna fragante flor que vigorosa se ostente entre los abrojos.

Tal es, á mi modo de ver, lo acaecido con un neófito de la nueva cristiandad de Pechui-ya, ejemplar cristiano que terminó su carrera á últimos de octubre del año pasado.

Al inaugurar, hará cosa de unos trece años, aquella Mision, y al contemplar los centenares de personas que se agrupaban á nuestros umbrales, creia uno vislumbrar una cosecha abundante. Mas con el curso del tiempo manifestaron que no buscaban á Dios, segun ellos decian, sino á sí mismos y á sus intereses particulares. La estrella dejó de alumbrarles, y se quedaron en su primitivo estado de tinieblas. No habia nada de solidez, y como paja que eran, el viento los hizo desaparecer, y poco á poco se fueron apartando.

Unicamente nuestro Pedro Siu-a, su esposa, tres hijos y dos hijas se adhirieron á la doctrina santa, y siguieron las prácticas de la religion del Crucificado. Hace diez años que tuve el gran consuelo de bautizar á toda la familia. Desde aquella fecha nada han aflojado en las prácticas cristianas: Pedro Siu-a, como jefe de la familia, llevaba siempre la delantera en todos los ejercicios de la Religion, siguiéndole con docilidad los hijos. Su casa parecia una capilla.

Era para él un gran placer fuéran los demás neófitos á su casa para rezar, y con sus buenos modales obsequiaba á todos con el té y panecillos. Estaba dotado de

bellas cualidades. Era sufrido, parco, sencillo, recto, sincero, y sobre todo muy celoso del bien de la Iglesia y honor de la Religión. El que posee tan buenas prendas en este mundo, es meramente imposible que no lo azote la persecucion. Sufrió la calumnia y la persecucion con valor, resignándose con la voluntad de Dios.

No podia soportar la ficcion, arguyendo con sinceridad y muy buen modo á cuantos lo merecian, sin distincion de personas. Cuando iba yo á visitar aquella Mision, le gustaba pasar largos ratos en mi compañía. Con un tono algo severo, pero sencillo, durante la conversacion me estaba dando lecciones á fin de que sus compaisanos no me engañaran, quitando la máscara á personas que con torcida intencion se me acercaban, apareciendo vestidos con piel de oveja.

Años pasados escribí ya los detalles de la inauguracion de la Mision de Pe-chui-ya, y los trabajos que tuve que pasar para obtener el sitio y la edificacion de la capilla, en el pueblo llamado de Chung-na. De este lugar era vecino Pedro Siu-a. Se interesó mucho en este asunto, y se dió tal habilidad en la compra de casa y terreno, que todos quedaron sorprendidos. Por este motivo le llovieron encima una porcion de amenazas y una dura persecucion; mas él, animado de la gloria de Dios que resultara de la edificacion de la capilla, impávido fué adelante, hasta tanto cesara la contradiccion, y se desvanecieran la mentira y la falsedad de los enemigos.

Efectuada ya la construccion de la casa y capilla, él siempre tuvo el cuidado de ella, teniéndola aseada, que daba gusto y edificaba con su conducta. La limpieza del aposento del Padre misionero corria á su cuenta; haciendo los oficios más humildes de un siervo, siendo así que era un anciano de sesenta años de edad.

No menos encantaba su recato y ejemplar modestia. Recuerdo que cuando casó á su segundo hijo, por incidencia y como por política le pregunté:

—¿Qué tal la jóven nuera?

Me contestó:

—Se porta bien; mas no sé qué cara tiene, porque no la he mirado. No es decente al suegro mirar la hermosura de la novia nuera.

Adviértase que vivian en una misma casa, y á pocos pasos distante de su aposento.

Ahí va otra prueba. En dicha casa tengo una niña de trece años de la Santa Infancia, que la consideran como hija y la están educando hasta la edad competente. En su última y prolongada enfermedad, alguna que otra vez acercábase la niña á su lecho para servirle, mas no lo permitía. Le decía:

—Te quiero y aprecio mucho más que á mi propia hija; pero una cosa no debe quitar á otra. Cada cosa en su lugar.

Hacia tres meses que se hallaba postrado en cama, y era á mediados de octubre, cuando se le presentaron alarmantes síntomas de una próxima muerte, y me llamaron para administrarle los últimos Sacramentos. Me encontraba en aquella ocasion en la cristiandad de Soa-sea, distante de ésta dos jornadas, para disponer sobre la edificacion de una iglesia y casa para el misionero.

Cerciorado de la enfermedad mortal de Pedro Siu-a, apresuradamente me dirigí á Chung-na para darle los últimos auxilios de Religión. Toda la familia me recibió como un ángel del Señor, y de rodillas me dieron

las gracias por haberme llegado á su humilde tugurio. Encontré al enfermo con todos sus sentidos, con tal paz, tranquilidad y santa resignacion, que no pude menos de bendecir al Señor, quien en su inescrutable Providencia oculta sus dones á los presumidos y orgullosos, repartiéndolos á manos llenas á los humildes, sencillos é ignorantes.

Antes de haber yo llegado á su casa habia ya dado á toda su familia sus últimas disposiciones, para recibir con toda la devocion posible, y sin embarazo de las cosas mundanas, los santos Sacramentos. Recibidos ya éstos, no quiso le hablaran y mencionaran enredos de familia; decia él:

—Ya he concluido con el mundo; ya no pertenezco al mundo: el paraíso será pronto mi morada.

El penúltimo dia que estuve junto á su lecho, me dirigió las siguientes palabras:

—Padre, le doy miles y miles de gracias por el cariño que nos ha profesado, y por el conocimiento de la verdadera Religión que hemos recibido por su conducto, y en este último instante le pido una gracia: y es que, aunque indigno y sin méritos, se digne el Padre admitirme en la Tercera Orden del Padre santo Domingo.

Al escuchar tales conmovedoras expresiones, y con alguna lagrimita que involuntariamente se desprendia de mis párpados, le contesté:

—Siu-a, ten gran confianza, y no dudes que mi Padre santo Domingo te reconocerá como hijo predilecto; y en virtud de las facultades que me están concedidas para estos críticos instantes, te admito y recibo como hermano de la Orden de nuestro Padre santo Domingo.

Le bendije el escapulario, y se lo vestí. Desde este momento su corazón estaba unido con Dios, perseverando en la invocacion continua de los santísimos nombres de Jesús y María. Al dia siguiente sábado, 17 de octubre, á las ocho de la mañana entregó su alma al Criador.

Conforme á las circunstancias del lugar, procuré hacer con alguna solemnidad las exequias de la Iglesia; ordené que todos los cristianos con vestido de luto correspondiente acompañaran el cadáver, metido ya en el féretro, hasta la capilla: y en presencia de un numeroso concurso de espectadores y curiosos, recé la vigilia y demás preces. Todos los gentiles, que me estaban notando los más insignificantes movimientos, estaban aguardando el último período de la solemnidad. «Arrancar los ojos del muerto,» segun su inveterada y maldita costumbre de calumniar á la Religión.

Concluidas las preces, mandé en presencia de todos los circunstantes clavar el féretro, ó caja mortuoria, y desde la capilla fueron directamente á darle sepultura. De propósito quise darles una leccion práctica para quitarles de la cabeza tales paparruchas.

Tal es el bosquejo de la vida cristiana de Pedro Siu-a, de quien se puede decir *consumavit in brevi, tempora multa*; y creo puede contarle entre el número de los hermanos de la Tercera Orden de santo Domingo.

Otro triunfo hemos conseguido en el año pasado, que aunque á la apariencia insignificante, resulta mucha gloria y honor para la Religión católica. Es la conversion y el bautismo de una mujer que siguió diez años al protestantismo.

Esta mujer, dotada de un buen sentido común, hacia una porcion de años que buscaba la verdad: se le

figuraba que la encontraría entre los protestantes. Se hizo discípula de diferentes sectas, y la pobre mujer encontraba un gran vacío. Sin embargo, durante el tiempo que siguió la escuela protestante, observó puntualmente sus cursos y doctrina.

Entre las prescripciones que le impusieron fué que se debía desatar los piés. Tenía entonces treinta y seis años.

No puede figurarse el sacrificio tan grande que es para una mujer china desatarse los piés. Pues así lo efectuó, y ha andado de piés sueltos desde aquella fecha.

No es posible describir las palizas que tuvo que aguantar por parte de su marido; las calumnias que hubo de devorar por ir de ceca en meca entre las capillas protestantes, y para obedecer á éstos, y en fin, las palabras, voces y persecuciones que sufrió durante todo este tiempo.

Parece que Dios se compadeció de su buen fin y recta intencion. En el fondo lo buscaba, y por fin encontró el camino seguro y necesario que conduce á Dios, que es la Religion católica, apostólica y romana. Recibió el bautismo por el mes de diciembre, y creo será una fervorosa cristiana. Su ejemplo va atrayendo á muchos de la escuela protestante, quienes, convencidos del vacío de sus doctrinas, van desertando de sus filas para alistarse á la divina religion del Crucificado.

A Dios sean dadas las gracias por todos sus dones; y confío que me ayudará tambien, para el mismo objeto, bendiciendo y suplicándole que continúe concediéndonos sus auxilios para continuar el cultivo de esta viña del Señor.

AFRICA ECUATORIAL.

UNA EXCURSION EN EL VICARIATO APOSTÓLICO DEL ZANGUEBAR.

V Y ÚLTIMO.



ABÍAMOS partido de Tunungo á las siete de la mañana el 6 de noviembre, y despues de andar 22,700 pasos, acampamos, á las once y veinte minutos, en un fresco *pori* (un desierto), poblado de árboles grandes y majestuosos. Kaseco nos había acompañado hasta la Gobeta, afluente del Kingani. Allí nos despedimos de este buen hombre, y atravesamos el seco cauce del río, sobre un grueso tronco derribado que une ambas orillas.

Aquel país tenía un aspecto de los más pintorescos. A nuestras espaldas veíamos á gran distancia las elevadas cordilleras del Ukami y del Okuto. Al rededor extendíanse en anchas zonas las ondulaciones de esta inmensa llanura, contemplada desde las alturas del *Monte de la Cruz*, y que conducían en suave pendiente á magníficas mesetas, sucediéndose unas á otras como esas mismas ondulaciones.

Todo aquel terreno está lleno de hierbas y de árboles. Admirable pasto para rebaños de antílopes, de girafas, de búfalos y de cabras, animales que, en efecto, abundan allí mucho. Con frecuencia veíamos algunos aislados, y otros pacían por grupos. Las partes del suelo un poco húmedas se cubrían de pistas numerosas y diversas que iban cruzándose, se dirigían en todos sentidos, y desaparecían de repente allí donde se afirmaba

el terreno, de modo que hubieran hecho sucesivamente el gozo y la desesperacion de un cazador.

Si lo precioso de los pastos atrae toda esa variedad de ruminantes y de paquidermos, á su vez sirven de pasto á los carnívoros. Esas regiones son muy frecuentadas por leones, tigres y hienas. El cabrito que nos dió el jefe llamado Bumboma, una noche fué presa de una pantera en Tunungo. Allí, desde las ocho á las nueve, estábamos seguros cada noche de oír en la espesura, no lejos de nuestras tiendas, el grito característico de la hiena, que recuerda la voz de un niño. Cierta dia, descendiendo la colina de Kunzagira, encontramos negros cargados con una magnífica piel de leon. Lo habían muerto en los alrededores, é iban á pagar un tributo á Mwenyé-mku antes de llevar este real despojo á un gran jefe del Ukato, deseoso, á lo que parece, de hacerse con él un vestido de gala.

Más tarde, antes de llegar á Mahundi, en una especie de bosque de vegetacion baja y mezquina, y de tallos generalmente espinosos, en un suelo arenoso, seguimos largo tiempo las huellas de un leon. Sus vigorosas garras estaban marcadas, y toda la pata se dibujaba en el sendero que había seguido, en sentido inverso de nuestra marcha. Antes ó despues de él un leopardo había hecho tambien una parte del mismo trayecto.

Tocante al aspecto general del país, es casi el mismo que el de las vastas llanuras del Ukueré, del Usigya y de otras provincias. Inútilmente se buscaría en estos parajes el bosque vírgen: si se le encuentra, es en miniatura, en algunos espléndidos oasis, raros y limitados, que algun obstáculo natural ha preservado de las profanaciones y de los estragos del incendio.

Lo que caracteriza, en efecto, el bosque vírgen, en las Antillas, las vastas cuencas del Orinoco y de las Amazonas, es esa espesura de tallos que, á pesar de su número, crecen y se multiplican sin cesar y alcanzan las más imponentes alturas; es, al pié, una verdadera profusion de arbustos frutescentes, de plantas arborescentes, de espinos, de parásitos, de mimosas volantes, lanzándose desde la base á la cúspide de los árboles, y uniendo las ramas por entrelazos confusos; son esos vetustos troncos abatidos al peso de los años, otros encorvados y descuajados por el huracan, sumergiéndose en las aguas del lago, echados á guisa de puentes en los torrentes, y ramas de las cuales han salido, arraigándose, retoños vigorosos, grandes como los del primer tronco; es, de ese conjunto, una especie de océano de vegetacion que el hombre contempla con admiracion, como asombrado de las magnificencias de su morada terrena; es un impenetrable bosque de maleza, al que teme, y donde no se aventura sino provisto de un hacha para abrirse paso, y de un arma segura para defenderse de todo ataque de las fieras; abajo, á favor de las profundas sombras, es una espantosa guarida de animales de presa, de enormes reptiles; y arriba, la ciudad aérea que habita todo un pueblo de aves de ricos plumajes y cuyos gritos se mezclan á los clamores de legiones saltadoras y parleras de monos de toda talla y de todo color.

En el Zanguebar, para encontrar algo semejante es preciso ganar las regiones montañosas, las cumbres aisladas, lejos de la vecindad del hombre. Sólo allí se encuentra el bosque vírgen en su exuberante belleza. En otros sitios, lo que no ha realizado el hacha del negro, la llama se encarga de hacerlo por él. En efecto;

¿quiere desbrozar un terreno? para nada necesita el hacha ni el escardillo; tiene á su mano el fuego. En la estacion seca basta una chispa para que ardan las altas hierbas. ¿Qué hace, pues? Las incendia. Mas la llama no se circunscribe á los límites del campo codiciado. Impulsada por el viento, envuelve y abraza con rapidez superficies inmensas; penetra en los bosques, se conserva largo tiempo en los lugares húmedos, donde á veces se extingue, pero con frecuencia seca las menudas plantas y las hierbas harto verdes, de las que hace así un alimento para propagarse más y más. ¡Cuánto estrago! ¡Todo lo que no muere queda ennegrecido, tostado y agostado por el fuego! Vuelven las lluvias, y todo vegeta nuevamente; mas en breve tiene que sufrir otra vez la prueba del fuego. Para los retoños recientes comienza la destruccion, y los tallos más fuertes experimentan una especie de cremacion lenta que hiende la corteza en todos sentidos, seca el vegetal, lo desfigura y tuerce sus ramas, condenando el árbol entero á una vejez precoz.

Y lo que ha hecho un negro para proporcionarse una plantacion, otro lo hará para abrirse paso y aclarar las cercanías de su choza ó de su campo. Eso en algunos degenera en manía; queman por quemar, sin hablar de los muchachos que lo hacen por divertirse.

¿Cómo, con semejante sistema, pueden encontrarse bosques vírgenes en las llanuras del Zanguebar?

Ya lo he dicho arriba, encuéntranse aquí ó allá oasis de exuberante vegetación; mas para dar con el verdadero bosque vírgen es preciso subir las cuestas de las altas montañas del Ukami ó de otras provincias. Lo que se llama *pori* en nuestras regiones es el desierto herboso y de plantío, donde al pasearse la llama ha dibujado á su modo, pero de una manera grandiosa, lo que se admira en los parques de Europa con el nombre de jardines ingleses. La semejanza es notable, á excepcion, sin embargo, de los estanques de agua durante la estacion seca... Aquí un árbol poderoso, de bello y fuerte ramaje; más lejos un conjunto de nudosos troncos, que una termitera parece proteger con un recinto de bastiones y de torres; á los lados un soberbio macizo redondeado ó sinuoso; allá mimosas pendientes, numerosos arbustos y follaje, encumbradas copas de donde baja sombra ó frescor; á derecha, á izquierda, delante y detrás, anchas vias por donde la vista se recrea con lejanas perspectivas, se detiene en frondosos bosquecillos ó sigue suaves pendientes: la naciente hierba verdea allí como en nuestras praderas de Europa, mientras que más tarde, crecida y seca por el sol, dá con el blando balanceo de sus tallos, al soplo de la brisa del desierto, la ilusion y el encanto de las graciosas ondulaciones de los amarillentos trigos en los campos nunca olvidados de nuestra hermosa patria.

Por desdicha no hay ninguna catarata en miniatura ni un estanque de agua que adorne la perspectiva. ¡Con cuánta delicia saciaría en ellos su sed el extenuado viajero, quien tiene que luchar contra su imaginacion que le muestra de cristalinas y frescas, invitándole á disponerlas con arte en el paisaje! Respecto á animar esa naturaleza, rebaños de antílopes ó de cebras, bandadas de monos, compañías de pintadas y de francolines le dan una vida que la dejan siempre un inmenso desierto. Esto es el *pori*, no el bosque vírgen.

Desde el rio Gobeta fuimos á Magogunda y Kongo, dos puntos donde confiábamos encontrar agua. Pero

nada, ni siquiera un ligero humedecimiento del suelo. Kongo es el nombre de un árbol: el que da nombre á la comarca tiene un enorme tronco y es sumamente frondoso é irregular, siendo su aspecto singularísimo.

Por la noche acampamos en Kirusri.

El 7 de noviembre partida matutina: una marcha rápida nos conduce al pueblo de Kisudi, término de la jornada. Hemos atravesado el bosque de Gongorogoa, donde, segun dicen, hay todavía elefantes, y el rio sin agua de Kisudi, afluente del Geringeré, que sólo á trechos tiene algunas charcas.

Desde Kisudi á Mirambo hay buen número de pueblos: uno de ellos, Mzakuzi, pertenece al hermano de Kunzagira. Muchos cauces de torrentes los vemos enteramente secos; son tributarios del Geringeré, y llámanse el Kungo, el Mikuambe y el Mkonga.

En Mirambo acampamos en lo que arriba he dado el nombre de jardin inglés. Escogimos un hermoso ramillete de árboles para dar sombra á nuestras tiendas, y apenas habíamos terminado la instalacion, cuando algunos negros de la caravana huyeron gritando fuera de sí: ¡*Mioka!* (¡serpiente!). En efecto, una cabeza de reptil sobrepaja las hierbas y parece á la vez asustada y amenazadora. La serpiente entra rápidamente en la espesura y se introduce bajo una piedra, donde el P. Baur le dispara un tiro de fusil.

Pocos momentos despues oyense nuevos gritos, á causa de que otra serpiente quiere volver á su guarida y se desliza directamente hácia nosotros. Algunos portadores más animosos, armados con una larga vara, consiguen romperle el lomo. Nuestra tranquilidad no es de larga duracion. Dos de nuestros hombres entran en la espesura para colocar sus paquetes, y ven una víbora con cabeza trigonocéfala, enroscado el cuerpo á una rama, flotante el cuello y balanceándose como una mariposa, mientras que otro de esos espantosos reptiles se entrelaza en una raíz y se introduce en sus agujeros. De un tiro de fusil el P. Baur parte en dos la víbora.

Empezaban tales encuentros á ser poco gratos, pues el bosquecillo se nos figuró que en nada habia de ceder á la célebre caverna de las serpientes de Marmontel. Con todo, allí nos quedamos: y algunas hogueras encendidas entre la espesura y nuestras tiendas parecieron suficientes para protegernos.

El dia siguiente, apenas emprendimos la marcha, encontramos muerta en el sendero una de esas víboras, muy venenosa, cuya cabeza y cola afectan casi la misma forma, y no se distingue á cierta distancia. Algo más lejos un reptil de gran tamaño habia atravesado el camino, dejando en la arena la huella de su cuerpo. Hubiérase dicho que contra estos lugares se habia fulminado un anatema. En nuestros cuadernos escribimos: *Nido de serpientes* (V. el grabado de la pág. 429).

El siguiente dia, 9 de noviembre, llegamos á Kasenga, y atravesamos el rio y bosque de Mareva. Desde Kasenga á Mahundi encontramos rios secos: el Dutumi, el Mruguro y el Soigayu. Entre estos últimos se encuentran un país y el pantano denominado Kingega. Por el camino vimos una banda de ocho cebras y un mono, que huyen al acercarnos nosotros, lo mismo que un vuelo de pintadas.

Hace mucho tiempo estamos en el Ukeré, y los negros nos dicen que han tenido que rechazar á la fuerza el ataque de los grandes jefes del Udué, pretendientes á la soberanía de esta parte de la provincia. El hambre

les ha puesto las armas en la mano, á fin de sacar impuestos, pero en vano.

Partiendo de Mahundi el 11 de noviembre, atravesamos el rio de Msua, afluente del Kingani, sin agua, todos los demás, en esta época. Pasamos el rio en Karaza, y despues de un alto de tres horas en la orilla derecha, proseguimos la marcha para Kiruruti, en donde acampamos junto á la fuente.

El 12 de noviembre habia de ser el de nuestra llegada á Bagamoyo. Partimos á las cinco y veinte y cinco minutos, y hacemos alto en Kwadiuni. Es la hermosa y rica provincia del Uzaramo que, desde el rio, se desarrolla ante nosotros con sus mangas y sus plantaciones de yuca. Cuanto más adelantamos más aparece el cultivo en todas partes y desaparece el sombrío y triste *pori*,

dimos este largo viaje. Parécenos oír las palabras del divino Maestro que nos dice como á los Apóstoles: *Requiescite pusillum*: «Descansad un poco.» El lugar nos invita á ello y nos trae su consolador augurio, pues para decirlo al terminar, el nombre *Bagamoyo*, formado de *Baga* ó *Bwaga* (depositar) y de *moyo* (corazon), no tiene otra significacion que este suave y místico pensamiento traducido en forma de invitación: *Descansa tu corazon*.



ZANGUEBAR. — Arbol gigantesco en la entrada de un oasis. (Pág. 423).

Las colinas cubiertas de bosques, donde se encuentran, más cerca de la costa, bosques de mangas, son de un verde oscuro que hace se parezcan á las grandes ondulaciones del Océano, con el cual se confunden en el horizonte. A nuestra izquierda dejamos Dunda y sucesivamente Tondo, Koti, Mikongoro. Atravesamos diversos pantanos, y en ellos nuestros hombres tienen que llevarnos en hombros. Por último, á las cinco bajamos á la vasta llanura cultivada de Bagamoyo. El golpe de vista es soberbio. Descuellan allí el cocotero y el manga; los campos de yuca se extienden por todas partes: recientes lluvias han refrescado la tierra, dando nuevo verdor al follaje. Finalmente pisamos el suelo de la Mision. Desde la mañana hemos andado doce leguas y media, y nos detenemos hasta el tabernáculo, en el mismo sitio donde, treinta y cuatro dias antes, empen-

AMÉRICA MERIDIONAL.

MISION FRANCISCANA DE MANAOS.

IX.

Más sobre las fiestas religiosas.

LA primera tentativa del P. Coppi para desterrar de entre aquellos indígenas las diabólicas supersticiones, no tuvo todo el éxito que deseaba el celoso Misionero. Animado, sin embargo, con la prueba, hizo plantar al dia siguiente en el atrio de su casa-habitacion un palo de grande altura, y en su cima colocó la imágen del falso dios que debía quedar

expuesta á la vista de todos por el resto de aquel día. Fué despues llamando una tras otra á las mujeres, para que contemplasen la imagen de su dios; pero temiendo ellas á los *pagés* y á sus maridos, huyeron y se escondieron en sus cabañas.

Llegada la hora de la oracion, á la que acostumbraban acudir las personas de ambos sexos, sólo se presentaron unos cincuenta hombres, diciendo que sus mujeres habian huído por temor al dios *Izi*. En vano se esforzaba el Misionero en persuadirles que podian acudir sin recelo alguno; lejos de escuchar sus amonestaciones, se amotinaron los hombres é intentaron apoderarse con violencia de la imagen tan temida. Para librarse de este conato de sublevacion le fué preciso al Misionero cerrar las puertas de la iglesia y de su casa, amenazándoles con abandonar la Mision si al dia siguiente no asistian las mujeres á la Misa y oracion. Habiendo obtenido la promesa de que así lo harian, el P. Coppi, sin ceder de su intento, resolvió exponer públicamente en la iglesia la imagen de *Izi*.

Asociado del P. Mateo Canioni, á quien con este fin hizo venir de Taraguá, dispusieron ambos predicar con energía contra el culto diabólico de aquel dios, despues de celebrada la Misa del próximo domingo, 28 de octubre. En efecto; á las seis de la mañana se reunieron en la iglesia los moradores de aquella Mision, y se celebró la Misa; y terminada ésta subió al púlpito el P. Mateo, dando principio á su predicacion, mientras el P. Coppi se colocaba á la entrada del templo, dispuesto á mantener el orden. Durante la predicacion, y sospechando sin duda lo que iba á suceder, los indígenas principiaron á agitarse; agitacion que fué creciendo más y más hasta convertirse en verdadero tumulto, cuando por fin se les mostró la imagen del falso dios. Imposible sería describir lo que aconteció entonces en el recinto del templo: los hombres buscaban con afan sus esposas; los niños se abrazaban estrechamente á sus madres, y los *pagés* irritados se esforzaban en contrarrestar la maligna influencia de *Izi* en las mujeres, á las cuales procuraban arrojar fuera de la iglesia. En tanto otros más atrevidos habian asaltado el púlpito para arrebatar la imagen que ostentaba el P. Mateo; mas éste se defendía valerosamente con el crucifijo que tenia en las manos.

No creyéndose seguros los dos Misioneros despues de lo que habia sucedido, tenian resuelto abandonar la Mision; pero al poco tiempo los indígenas depusieron su actitud belicosa, y temiendo que los Padres se ausentasen, hicieron con ellos tratados de paz. Sin embargo, el P. Coppi creyó conveniente acompañar al P. Mateo, que regresaba á su Mision; mas hubo de prometer á los moradores de Panoré que, pasados algunos días, regresaria entre ellos. Partieron, pues, á las diez de la mañana, y á las cinco de la tarde llegaron á Taraguá.

Sin duda la noticia de los sucesos acaecidos en Panoré habia llegado ya á los moradores de Taraguá, pues sólo así se explica que cuando el día 29 de mayo quisieron los Padres reunir al pueblo para celebrar el incruento sacrificio, los jefes de las tribus, á quienes se daba el nombre de *Tuxauas*, y los *pagés* impidieron que las mujeres entrasen en la iglesia, no pudiendo conseguir los celosos Misioneros que desistiesen de su empeño, hasta prometerles que no harian uso para nada de la imagen de su dios.

Ultimos detalles.

Los hechos que hemos referido en los párrafos precedentes son sin duda de una extraordinaria importancia, pues si bien es verdad que en aquella Mision continúan celebrándose las fiestas diabólicas y supersticiosas en honor de *Giurupari*, esto no obstante los indígenas neófitos han llegado á conocer los engaños con que intentan seducirlos los criminales *pagés*, viendo que no llegó á verificarse ninguna de sus amenazas, dirigidas todas á impedirles abrazar las verdades de la religion católica. Y sobre todo han visto ya cuán fútil era el temor de la muerte que, segun ellos, amenzaba á las mujeres á quienes se mostrase la imagen del falso dios.

Por otra parte, para la mejor administracion de los intereses espirituales de esta Mision, cuyos principios se remontan al año 1871, ha sido elevada por el Gobierno civil, de acuerdo con la Santa Sede, al título y privilegios de verdadera parroquia en mayo de 1885, y sujeta á la autoridad y jurisdiccion del Obispo de Pará. Y á fin de facilitar los trabajos de la instruccion y cultura de aquellos pueblos, las Misiones todas se han reducido á una sola, llamada del *Alto-rio-Negro*, cuyo centro principal se halla establecido en la confluencia del *Vaupés* y del *Tiquié*, tributarios del mismo Negro.

Hablando, pues, relativamente, esta Mision se halla en un estado floreciente y pueden esperarse de ella abundantes frutos, si el número de misioneros llega á aumentarse. De aquí podemos con toda verdad decir aquello del Evangelio (1): *Messis quidem multa, operarii autem pauci*. Tres solos han sido los que hasta ahora han compartido las fatigas del apostolado en la Mision de Manaos, el P. Iluminado Coppi, el P. Mateo Canioni y el P. Venancio Zilocchi, á quienes es preciso añadir el P. Jesualdo Machetti, Prefecto de la Mision; á ellos se deben los progresos que han hecho en la verdadera civilizacion aquellos indígenas, abandonados hasta ahora á los excesos de una supersticion idolátrica; á ellos el estado floreciente en que hoy se halla, y las lisonjeras esperanzas que pueden concebirse para el porvenir. Hay que confesar, sin embargo, que aun no están vencidas todas las dificultades que se presentan para la prosperidad y engrandecimiento de estas Misiones, siendo una entre ellas lo peligrosa que es la navegacion por el rio Negro, que es preciso atravesar para llegar á Manaos, centro de la Mision.

Por via de apéndice.

Como complemento de cuanto dejamos dicho sobre la Mision de Manaos, y para que pueda apreciarse la importancia que tiene aun en el orden civil y político, vamos á extractar aquí por vía de apéndice las disposiciones que se contienen en el Reglamento publicado por el Gobierno del Brasil, y firmado en Rio-Janeiro el 8 de octubre de 1870.

1.^a Cuando los Religiosos Franciscanos de la Observancia, bajo cuya direccion se establecen estas Misiones, llegaren á la provincia de las Amazonas, se presentarán directamente al Presidente (Gobernador) de la misma.

2.^a Se proporcionará á los Religiosos Franciscanos una casa que les sirva de hospicio provisional, hasta

(1) S. Mat. ix, 87.

ESTADOS UNIDOS.

MISIONES DE LAS MONTAÑAS BERROQUEÑAS.

XI.

Conversion de la tribu de los Nariz-horadados.

ESTA tribu, que linda con las de los Corazones de Lesna, no pudo ser cultivada por los Padres de la Compañía de Jesús á causa de la falta de sujetos, y tuvo en vez la mala suerte de recibir ministros protestantes desde 1839. Los misioneros, sin embargo, visitaban de vez en cuando á aquellos pobres salvajes que habian recibido noticias de la Religion católica por medio de los Iroqueses y Canadenses empleados por la Compañía de las pieles escocesa. Tales visitas, por razon de los protestantes, no producian ningun fruto estable; cuando un anciano llamado Immatomscilu (*Ojo de cierto animal*) habiendo ido con sus nietos á la Mision de los Corazones de Lesna, cayó gravemente enfermo, y entonces pidió y recibió el bautismo. Recobrada la salud, volvió á su tierra, y se mantuvo constante en la fe, cuyo afecto, cuando murió, dejó en herencia á su familia.

De allí á poco, á fines de 1867, el Superior de la Mision envió á un Padre á la tribu de los Nariz-horadados; pero Stuptupnin (*Cabellos cortados*), nieto de Immatomscilu, temeroso de los ministros de la reforma, aunque declarase ser católico en su corazon, no permitió al Misionero permanecer en la aldea. Retiróse, pues, el Padre á una pequeña ciudad americana llamada Lewiston, donde se puso á atender á la salud de los blancos y aprender al mismo tiempo la inculta lengua de los Nariz-horadados. A pesar de haber en la poblacion varios intérpretes, nunca pudo valerse de su auxilio, y tuvo que aprender sin maestro aquel difícil idioma.

Entre tanto no dejaba medio alguno para alcanzar permiso de fijar su estancia en tierras de la tribu; y al fin despues de varios meses obtuvo licencia de construirse una choza de madera, la que hubiera sido su casa, Dios sabe hasta cuándo! Dos buenos irlandeses de Lewiston fueron los que se la hicieron. Pero apenas llegó con ellos á la localidad, se encontró con el primer obstáculo. Un pagano de mucho crédito en la tribu, y que ganaba la vida tocando el tambor, temiendo que el Sotana-negra no le quitase al mismo tiempo su reputacion y sus ganancias, empezó á oponerse con todas sus fuerzas á la ereccion de la choza. Ya iba inclinando á su partido á los circunstantes, cuando el Misionero, poniéndose de pié y animado de santo valor, dijo en voz franca y resuelta: «Mi caballo está todavía ensillado; si despues de todo lo que he sufrido para establecerme en medio de vosotros para vuestro bien, os oponéis á que levante una choza, monto otra vez me voy de noche, ni nunca jamás volveré á veros.»

Estas palabras, del todo inesperadas, tuvieron un efecto maravilloso. El tamborilero empezó á deponer su audacia; los demás titubeaban en la incertidumbre; y el Misionero, aprovechando la ocasion, dijo: «Pues bien, resolvéos ó me voy al instante.» Un sobrino de Stuptupnin, cobrando más ánimo, comenzó á hablar, echando en cara á los jefes su cobardía; y luego se levantó el jefe Cabellos-cortados y dijo con mucha va-

tanto que se construya un edificio capaz y permanente para este fin.

3.^a En los lugares ó villas que se vayan fundando en los lugares señalados por el Gobierno imperial, de acuerdo con el Presidente de la provincia, los indígenas estarán bajo la direccion inmediata de los misioneros, tanto en las cosas espirituales como en las temporales, sin que tenga en esto ingerencia alguna otra autoridad cualquiera.

4.^a Si en los pueblos así formados cometiere alguno cualquier delito en que hubiere de intervenir la autoridad pública, asistirá á la formacion del proceso del delincuente, y como abogado curador suyo, el respectivo misionero, el cual podrá alegar y pedir en favor del reo cuanto fuere conforme á derecho.

5.^a Los misioneros se entenderán para todo con el Presidente de la provincia, sin recibir órdenes de algun otro funcionario.

6.^a Queda á cargo de los misioneros todo aquello que pueda contribuir al mejoramiento así moral, como material de los neófitos, como igualmente el enseñarles las primeras letras, hasta que pueda crearse una escuela dirigida por un profesor determinado.

7.^a y 8.^a

9.^a En tanto que los indígenas permanezcan en la condicion de neófitos, ninguna otra persona podrá establecerse en sus pueblos sin la licencia del misionero. Compétele tambien la facultad de desterrar á cuantos de cualquier modo pudieran perjudicar con su mal ejemplo ó con sus fraudes, á discrecion de los dichos Padres Franciscanos.

10. Los misioneros pedirán al Presidente los objetos que crean necesarios para socorrer á los indígenas en su estado presente; concediéndoseles con preferencia aquellos que por su mayor uso les vayan infundiendo el hábito del trabajo...

11. A cada uno de los misioneros que estuvieren actualmente en el desempeño de sus funciones se le dará una gratificacion de 100,000 reis (unos 2.000 reales), mensualmente.

12. Cada semestre enviarán los misioneros al Presidente de la provincia una relacion del estado en que se encuentran los pueblos por ellos administrados, expresando sus necesidades, los obstáculos que se presentan para su mejoramiento y los medios conducentes á remediarlos. Del mismo modo harán relacion de los objetos que juzguen necesarios para la enseñanza, y en beneficio de los neófitos.

13. Por nadie, ni por ningun concepto, se podrá perturbar á los misioneros en el servicio especial que les está confiado.

14. En casos extraordinarios, y á propuesta de los misioneros, enviará el Presidente la fuerza armada que fuere necesaria para conservar el orden ó para garantir la seguridad.

Tales son las principales disposiciones que contiene á favor de los misioneros el citado Reglamento. Confesamos que muchas de ellas no se ponen en práctica, ni aun despues de las reiteradas instancias de aquellos celosos operarios del Evangelio; pero de todos modos consta por ellas que el Gobierno brasileño no ha podido desconocer los grandes beneficios que reportan á los territorios de aquella nacion nuestras Misiones franciscanas, y principalmente la de Manaos, que ha sido el objeto de nuestro insignificante trabajo.

lentía: «Nosotros queremos la capilla; si aquel hombre allá no la quiere, que se vaya de aquí.» Y en esto mandó á un jóven que desensillara el caballo del Padre, á fin de manifestar que estaba bien resuelto á hacer lo que decía. El día siguiente se puso mano á la obra.

Edificada la choza que debía servir tambien de capilla, el Misionero pasó allí el invierno de 1868 catequizando á algunos niños, enseñándoles las oraciones y algun himno, y recorriendo los campos de Indios, pero sin mucho fruto, por el miedo que todos tenían á los Protestantes. En 1869 obtuvo de un jefe cuyo campo se hallaba cerca de Lewiston otra choza, donde pasó varios meses sin otro resultado que el de enseñar las oraciones á una docena de jovencitos y el bautismo administrado á un viejito.

Hacia fines del invierno de 1869 fué llamado para asistir á una moribunda en un campo de mineros á cien millas de distancia. Fué en seguida, administró los Sacramentos á la infeliz mujer, y se puso en camino para volver á su cabaña. Los caminos estaban cubiertos de hielo; se resbaló el caballo, y cayendo sobre el Padre le rompió una pierna, escapándose luego á carrera tendida. El paraje era enteramente desierto y á cinco leguas de la cabaña de la moribunda. El misionero, solo, sin socorro humano, se arrastró como pudo sobre la nieve que tenia como tres piés de alto; pero en cuatro horas de aquel penosísimo camino no pudo andar más de media milla. Rendido por el dolor y el cansancio, tuvo que abandonar aquella inútil tentativa, y descansar únicamente en brazos de la Providencia. El Señor no dilató su auxilio. Tres salvajes Nariz-horadados llegaron á pasar por allá, quedando atónitos al verle en tan triste situacion. El Padre les pidió en gracia que fuesen al campo de los mineros á avisarlos de lo que habia sucedido; lo que uno de ellos hizo incontinenti mientras otro, poniéndose en hombros al Misionero, empezó á andar hácia el caserío. ¡Cuál fué la sorpresa del Padre al verse salir al encuentro un tropel de salvajes que, compadeciéndose de su desgracia, buscaban todos el modo posible para aliviar sus dolores! Mandaron luego á Lewiston por un facultativo, quien á pesar de andar de día y de noche no pudo llegar sino dos días despues. Pero gracias á su habilidad y á los cuidados de los indios, al cabo de seis semanas el Padre estuvo enteramente bueno y volvió á Lewiston.

Los trabajos del apostólico varon para convertir la tribu de Nariz-horadados donde habia fijado su estancia, habian sido del todo infructuosos. Por cuyo motivo los Superiores, reflexionando que se extinguia así en estériles trabajos y penas una vida preciosa, le llamaron de aquel puesto, confiándole en vez del mismo una tribu de Yáquimos. En 1870, pues, el Padre abandonó finalmente á los Nariz-horadados.

Pero éstos, arrepentidos de haberle dejado partir y de haber rechazado tan obstinadamente la gracia de la fe, empezaron desde luego á pensar en lo que convenia hacer. Pasó casi un año en inútiles consultaciones, cuando al fin muchos de los jefes, aficionados á la religion católica, se reunieron en una asamblea, y habiendo alabado la santidad de nuestra religion y el celo de los Misioneros, acordaron enviar á uno de ellos al Padre que los habia abandonado, á fin de que le manifestase el pesar que habian experimentado por su partida, y le dijese que todos estaban dispuestos á profesar el catolicismo, con tal que él se sirviese volver á su tribu.

Cupo el honor de desempeñar esta comision á un tal Tlakoskan, amable viejito, y el solo á quien logró bautizar el Misionero en los tres años que moró con los Nariz-horadados. Llegó á la Reserva de los Corazones de Lesna á fines de noviembre, y propuso al Sotana-negra cuantas razones y ruegos pudo para inducirle á que volviese á la tribu. Pero el Misionero no necesitaba hacerse de rogar despues de tantas fatigas y trabajos como habia pasado por aquellos infelices. Al momento se hubiera puesto en camino para la tribu; mas ¿cómo abandonar el puesto que le habian confiado sus Superiores? Tuvo, pues, que contentarse con prometer que haria lo posible para alcanzar el permiso necesario; y el pobre Tlakoskan se vió precisado á volverse solo.

Al cabo de dos meses llegó el permiso deseado por el Misionero. Volvió, pues, á Lewiston, donde encontró una multitud de salvajes, ávidos de verle llegar. Era día de domingo, y celebrada la Misa para los pocos católicos blancos que allí habia, juntó desde luego á los catecúmenos para dar principio á las instrucciones. Acababa apenas de pronunciar las primeras palabras de la señal de la Santa Cruz, cuando todos le siguieron en voz alta y en comun, lo mismo que en otras oraciones. Empezó el Rosario, y contestaban todos como si hubiesen sido católicos desde mucho tiempo. Lleno de admiracion y consuelo, les preguntó cómo habian aprendido aquellas oraciones: y supo que los niños á quien él habia instruido los tres años que habia morado entre ellos, les habian enseñado á rezar.

Luego empezó el discurso sobre su conversion. Uno de los Jefes propuso levantar antes una iglesia y despues recibir el bautismo; pero el Padre los advirtió que de esta manera se exponian á echarlo á perder todo, pues el Superior de las Misiones hubiera podido interpretar esa dilacion como una falta de sinceridad. La discusion duró largo tiempo, y al fin se convino en que no se debia esperar la construccion de la iglesia para bautizarse. Entonces el Misionero los convidó á ir un día señalado junto con sus familias al rancho de Uyascasit, donde él se habia hecho su choza. El día indicado acudieron todos, dando señas inequívocas de que estaban verdaderamente dispuestos á profesar la fe católica. Pero el gran Jefe Uyascasit titubeaba aun sin saberse resolver, haciéndosele demasiado duro el deber separarse de una de las dos mujeres que tenia. Empleó el Padre toda su elocuencia para inducirle á ese sacrificio, pero en vano. Y entonces se dedicó exclusivamente á la cultura de los demás, á quienes veia tan bien dispuestos á seguir la gracia divina.

No desagradará á los lectores conocer el orden que tenia el Misionero en la evangelizacion de estos buenos salvajes.

Empezaba el día con el santo Sacrificio, á cuya conclusion el Padre explicaba la doctrina cristiana. Luego despues de haber dado al pueblo tiempo para almorzar, volvia al Catecismo, enseñando las oraciones y cánticos, los cuales sirven poderosamente para fomentar la piedad en los indios. Despues del medio día habia de nuevo Catecismo y cánticos, y lo mismo se repetia hácia el anochecer.

Por la noche, al fin, despues de la cena, habia reuniones en las que se discutian las dificultades que se oponian á la conversion, como las restituciones, desagrazos, etc. El Jefe Uyascasit, aunque todavía obstinado en su horrible pasion, asistia constantemente á estas

reuniones y á las instrucciones, á las que le atraía quizás la voz hermosísima de una hija suya catecúmena. Poco á poco empezó á sentirse tan favorablemente inclinado hácia la religion católica, que la hubiera profesado inmediatamente á no ser por el obstáculo de las dos mujeres. Pasaron cinco ó seis días cuando el Padre anunció á unos veinte de sus catecúmenos que, en premio de su diligencia, los bautizaría antes que á los demás. Apenas se supo esto, se le presentó uno de los Jefes intercediendo por Uyascasit. El Padre no pudo contestarle sino que era inútil toda intercesion; que más bien debía procurar persuadir á aquel infeliz á que cesase de oponerse á la voz é impulsos de la gracia divina. El intercesor se fué, pero volvió á hora ya muy avanzada anunciando al Padre que Uyascasit estaba ya casi persuadido á hacerse católico.

EN CAMINO

PARA LA BAHÍA DE HUDSON.

II.

Lago de los Quince, 17 de junio de 1884.

QON las seis de la mañana. Mientras que nuestro cocinero prepara la comida, que Okocin engoma la canoa, que el sol alegra la soledad, que los pájaros cantan encima de mi cabeza y que la catarata murmura á mis piés, siéntome en un guijarro, tomo la pluma y os escribo.

El domingo, 15 de junio, á las dos el *Mattawan* del señor Latour con un último silbido daba la señal de partir, y subimos á bordo en medio de las bendiciones

de los Padres y de toda la poblacion reunida en la playa. A medida que uno se adelanta en el lago las costas se alejan y la vista mide nueve millas de una orilla á otra.

En la embocadura del Ottawa y en un promontorio, en casa del Sr. Bride, uno de los residentes más antiguos del lugar, todo el pueblo de los alrededores, setenta y cinco personas, se han reunido para saludar á Su Ilustrísima. Casi todos comprenden el inglés, y el Prelado les dice:

«Pláceme ver que trabajais por procuraros casas libres é independientes; con la constancia y las ventajas de este hermoso país, lograréis vuestro objeto. Pero al trabajar para el *hombre* de la tierra no olvidéis el *hombre* eterno, el del cielo. El trabajo es un origen de mérito: imponeos la obligacion de ofrecer á Dios cada mañana las obras del día, y santificad vuestro trabajo con la oracion.»

La embarcacion nos condujo al pié de la primera de las quince *rápidas*.

Encontrámonos en un vasto país de colonizacion. Comunmente el viajero que remonta el Ottawa, viajando desde Pembroke entre masas de granito, imagínase que sólo hay allí una sucesion no interrumpida de montañas resquebrajadas y de peñas desnudas hasta el polo Norte. Admirando los puntos de vista de Temiscamingue, dignos de los Alpes y de Suiza, no sospecha que á una milla de la playa se encuentra un suelo unido, tan fértil y de fácil laboreo como el de los alrededores de Montreal.



ZANGUEBAR. — Nido de serpientes en Mirambo. (Pág. 424).

do desde Pembroke entre masas de granito, imagínase que sólo hay allí una sucesion no interrumpida de montañas resquebrajadas y de peñas desnudas hasta el polo Norte. Admirando los puntos de vista de Temiscamingue, dignos de los Alpes y de Suiza, no sospecha que á una milla de la playa se encuentra un suelo unido, tan fértil y de fácil laboreo como el de los alrededores de Montreal.

Después del lago de las *Siete leguas*, junto al Ottawa, más bajo que el *Gran Salto*, á cinco millas de la orilla, hasta Pemikan, inmediato al lago Temiscamingue, se extiende de Nordeste á Sudoeste, un ancho linde de terreno llano y cubierto de bosque. El río de Montreal es el mayor tributario de Temiscamingue, que viene á echarse en el lago doce millas más abajo de la Misión, en un trayecto de ciento veinte millas, ofrece en más de un punto márgenes que distan mucho de ser rebeldes á los esfuerzos del labrador.

Mas el eden de Temiscamingue encuéntrase á la cabeza del lago. La altura de las riberas no excede de cincuenta piés, y la vista no descubre montaña alguna en el interior. Si el P. Paradís lograra bajar el nivel del lago, surgirían considerables distritos de asombrosa fertilidad. Los obstáculos que se oponen á la colonización inmediata de este hermoso país son la distancia, la dificultad de comunicación y sobre todo las prevenciones, que presentan una barrera más infranqueable que la más alta de las montañas.

El lunes partimos temprano, pues hemos de hacer una jornada muy ruda. La *Rápida de las Quince* puede tener de largo catorce millas: quince veces nos es preciso desembarcar, y conducir á brazo equipaje y canoa, luego reembarcar, para desembarcar otra vez. En ciertos puntos donde lo permite la corriente, nuestros salvajes, en su galantería, no quieren dejarnos poner pié á tierra; permanecemos tranquilamente sentados y nos remolcan con cuerdas.

Las rápidas principales llevan los nombres de *El Pié de las Quince*, la *Rápida de la Alondra*, el *Kanitawakamenjamong*, esto es, «el lugar donde hay un camino entre las dos costas.»

Mientras que nuestra gente prepara el desayuno vamos á visitar sucesivamente una magnífica cascada que cae de la altura de cuarenta piés; la *Rápida de la Isla*, islita de verdor situada entre dos impetuosas corrientes que devoran sus orillas; el *Kinebic* (la culebra); el *Akuanikijikidji* (la corriente sombreada con cedros), porque gran número de cedros, inclinándose desde la orilla, cubren las aguas con su grata sombra, y aun las tocan con el extremo de sus ramas; el *Kekek* (el gavilan), donde saltamos, con increíbles dificultades, á un lago pequeño fuera del lecho del Ottawa; el *Kaokikensajemok* (el camino que pasa entre los cipreses); los *Aceres*, donde hay un hermoso bosque de cerezos y áceres, y por último, la *Cabeza de los Quince*, llegándose aquí á un magnífico lago de más de sesenta millas de largo.

Si los *Quince* ocasionan fatigas corporales, en desquite tienen para la vista y el corazón encantos siempre nuevos. Las expresiones de que se sirvió el Sr. Routhier para describir las cascadas de Saguenay, convienen perfectamente á las del Ottawa. Ora es un río que corre como un torrente; una enorme masa de agua que se precipita, que salta y encabrita como un corcel, que cae mugiendo en profundos senos y vuelve á subir en surtidores de espuma; ora son corrientes que se desencadenan, que chocan y se combaten, y las ondas que acarrear se estrechan, se aplastan, giran sobre sí mismas y describen espirales que atraen como simas sin fondo todos los objetos que pasan por la superficie; ora son ondulaciones desiguales y llenas de asperezas, de crestas soberbias, coronadas con penachos blancos, de olas rompiéndose en millones de gotitas que lucen como centellas; ondas violentas, abandonadas á todos los ca-

prichos del furor, saltando de roca en roca como bacantes en delirio.

Luego el río ensancha su lecho, recoge sus aguas y extiéndose pacífico entre amenas orillas para recomenzar no muy léjos su curso vagabundo y tumultuoso. El lago de los Quince descende en el de Temiscamingue por una sucesión de gradas, en cada una de las cuales descansa, formando apacibles estanques, divídese en mil diversos canales, da la vuelta perezosamente á las islas de figuras las más fantásticas, se pierde en las bahías profundas, se duerme á la sombra del follaje, y por último decídese á hacer otro salto y á bajar una nueva grada de piedra, y así sucesivamente hasta que llega, blanco por la espuma, á la parte inferior de este anfiteatro que tiene 5 leguas de largo y 200 piés de alto.

No nos cansábamos de admirar la paciencia y habilidad de nuestros salvajes: tres de ellos, después de haber hecho con su capote una especie de almohadilla que se ponen en el hombro, vuelcan la canoa y se la cargan en las espaldas: la embarcación pesa poco menos de quinientas libras; dos marchan delante, y uno detrás: se adelantan á través de los árboles, á veces por un camino angosto, lleno de guijarros y precipicios, subiendo y bajando, mientras que nosotros, sin carga alguna, apenas si podemos andar por aquel sendero de cabra. Los otros indígenas llevan los bagajes: se apoyan en la frente una ancha correa de cuero, y en la otra extremidad sujetan una gran caja que apoyan en la espalda: en la caja echan un paquete, luego otro y otro, y así cargados como verdaderas acémilas, se lanzan á través de las dificultades del transporte. Nuestro equipaje es harto considerable para que puedan llevarlo de una sola vez, y á cada salto de agua se ven en la necesidad de hacer segundo viaje. Sin embargo, están siempre alegres, contentos y de buen humor: no se oye una sola imprecación, ni siquiera una palabra mal sonante. ¡Ay! ¡cuánto sería de desear que, respecto á eso, fuese salvaje más de un blanco de las grandes poblaciones que se dicen civilizadas!

En el porteo de Kinebic se nos reúne una familia salvaje compuesta del padre, la madre y seis hijos, el mayor de diez y ocho años y el más pequeño de dos, que llevan envuelto en fajos y sujeto á una tabla. Tienen buena figura, sin ser por eso bonitos, y están gordos y sanos. Su vestido es decente, y en el fuerte de donde vienen, cuatro se han comprado sombreros de paja: el padre sólo trae un pañuelo al rededor de la cabeza, y dos de los muchachos la ostentan desnuda; pero en cambio cubre su nuca un bosque de cabellos dignos de un Absalon.

—Nitchi, amigo mio, ¿cómo te llamas?

—*Pao Kanijita* (Pablo Elsegundo).

—¿Y tú, mujer?

—*Maniana Okikowa* (Mariana la mujer del Ciprés).

—¿Y tú muchacha?

—*Cecina* (Cecilia).

—¿Y tú?

—*Madanena* (Magdalena).

—¿Y tú?

—*Pedo* (Pedro).

—¿Y tú?

—*Mania Esten* (María Ester).

—¿Y tú?

—*Catanina* (Catalina).

—¿Y el pequeñito?

—*Matías*.

Es de saber que los algonquinos carecen en su alfabeto de las letras *l*, *r*, *f* y *v*, y esta es la razón porque su pronunciación estropea sus nombres y apellidos.

—¿Dónde vivís?

—En el lago grande, á trescientas millas de aquí.

—¿De dónde venís?

—De Temiscaminga.

—¿Para qué?

—Para ver al *aiamic ganawabita* (el guardian de la oración).

¿Quién no admiraría esta fe que transporta realmente las montañas? En efecto, ¡cuántas montañas tuvieron que transponer y cuántas fatigas que soportar para contemplar durante, el tiempo de una Misa, á su primer pastor y recibir su bendición! ¿Vemos por ventura tanta fe en Israel entre los pueblos cristianos desde muchos siglos? Su Ilustrísima les hizo una piadosa exhortación y dió á cada uno de ellos una medalla, que á los cinco minutos todos se la habían suspendido al cuello; distribuyóles además algunas cositas que traíamos en los sacos, y al recibirlas repetían: ¡*Migwete, migwete!* «¡Gracias, gracias!»

Dí al padre tres cigarros, y al momento pasó uno á su querida mitad. Antes de ser cristiano ¿lo hubiera hecho? no lo creo, pues se tenía en poco á las mujeres, y el egoísmo natural le hubiera inspirado el guardarlos para sí. Pregunté á las dos hijas mayores y al muchacho de diez años:

—Y vosotros ¿fumáis?

—¡*Enh, enh!* respondieron (¡sí, sí!).

Ofrecí á cada uno un *telebikinikasote naosema*, un tabaco rollado, como dicen, y todos empezaron á gustar con delicia las dulzuras del agradable humo. En muestra de agradecimiento quisieron seguirnos durante cinco ó seis porteos: toda la familia ayudó á transportar el equipaje, y el muchacho de seis años cerraba la marcha llevando al hombro la plancha en la que iba sujeto su hermanito.

Toda la fortuna de esas pobres gentes se limita á una canoa, una tienda, una caldera, un fusil, lienzos y algunas cajas de abedul: sin embargo, están contentos, y parecen los más felices de los hombres; y ciertamente no trocarían su género de vida por los honores é inquietudes de nuestros primeros potentados. Su fusil derriba la caza de los bosques, su red atrae los peces del lago, y aquel que nutre á las aves del aire no les deja morir de hambre.

Hemos pasado la noche á la cabeza de los *Aceres*. Esta mañana hemos hecho el último porteo de los *Quince*, y dentro quince minutos navegaremos por el lago del mismo nombre. ¡A Dios! os escribiré desde *Abbitibi*.

CRÓNICA.

España.—Con el número anterior repartimos á nuestros amigos un llamamiento que hace á los fieles la Junta de edificación de la iglesia de Santa Madrona, presidida por el Excmo. Sr. Obispo. Hemos tenido ocasión de visitar las obras de dicha iglesia, en que, por la urgencia con que conviene se levante un templo en aquella barriada, se trabaja con grande actividad, gracias al valioso impulso que está dando el Prelado á aquellas impor-

tantes obras. Hoy están echándose ya los arcos de las capillas, dando á comprender el hermoso efecto que producirá la iglesia. Pero para esto son insuficientes las respetables sumas que han dado el Excmo. Sr. Obispo y otras personas. Faltan algunos miles de duros para que las obras no hayan de abandonarse sin terminarlas, y para cubrir su importe, confiando en el catolicismo de los hijos de este noble pueblo, se dirige la Junta á ese gran número de personas pías y caritativas, honra de nuestra tierra, suplicándoles, por el amor de Dios, el óbolo de la limosna para poder ofrecer á Su Divina Majestad una casa digna de ser su habitación, para consuelo de tantos miles de fieles que hoy carecen de templo para honrar al Señor, para unirse con él sacramentalmente, para cumplir, en una palabra, todos sus deberes religiosos.

Excusamos decir que nos asociamos de corazón á las sentidas frases de la Junta, y las hacemos nuestras, recomendando eficazmente esta buena obra á nuestros amigos.

En nuestra Administración recibiremos con gusto las que se nos confíen para entregarlas á la expresada Junta de edificación del templo de Santa Madrona.

—Bajo el epígrafe de *La enseñanza católica publica* un periódico español el siguiente articulo:

«En los pocos años de su pontificado, el augusto Leon XIII ha promovido de una manera tan notable la instrucción popular, y han sido tan eficaces sus esfuerzos en este sentido, que no bastaría todo este número á dar sumarisima noticia del desarrollo que en los últimos años han alcanzado los proyectos científicos del sapientísimo Pontífice.

«Para formar una idea ligerísima del incremento que ha recibido la enseñanza religiosa bajo la dirección de Su Santidad, basta decir que en las populosas ciudades de Berito, Calcuta y Washington, se han creado universidades católicas; en los Estados Unidos, de 4,088 obras escritas que se han publicado en 1884, las 380 tratan exclusivamente de la religión, y de 11,314 periódicos y revistas, los 570 eran igualmente cristianos. Túnez, Nursia, Tugkin, Madagascar y Zambesa, tienen su historia bien escrita, nuestros misioneros han estudiado nuevamente el fondo religioso del brahmanismo, coptismo y de los Incas, y han hecho extractos y colecciones apreciables.

«La Obra de la *Santa Infancia* prosigue también obteniendo ruidosos triunfos; más de 350,000 niños son bautizados por su actividad, y esto en el Imperio chino. La *Sociedad de las Misiones extranjeras*, de París, evangeliza en Asia 661,000 cristianos, que viven dispersos entre 210 millones de gentiles; tiene 29 obispos, 668 presbíteros, 412 sacerdotes indígenas: dirige 35 seminarios, en que se educan 1,600 alumnos, y en unas 2,000 escuelas se instruyen más de 45,000 niños.

«La campaña realizada en nuestras posesiones del Africa occidental por los misioneros del Corazón de María, según comunicaciones recibidas en los Ministerios de Marina y Ultramar, registra asimismo brillantísimas victorias para la causa de la civilización y de la enseñanza.

«En todas las Misiones han montado colegios donde se instruye en Religión, letras y artes á todos los niños que puedan conquistar, que á esta fecha deben ser muchísimos, alimentándolos y vistiéndolos gratuitamente. Descúbrense en algunos muy buenas disposi-

ciones para las lenguas, dándose el caso de que el hijo de Boncaro, rey de Cabo San Juan, aprendiera en tres meses la lengua castellana.»

Egipto.—El domingo 10 de octubre la Orden de Franciscanos de la Tierra Santa puso la primera piedra para una iglesia en el espacio que ocupó la parroquia provisional de Puerto-Said, con el loable propósito de levantar un templo digno de la posición que ocupa la puerta mediterránea del Canal.

Toda su superficie, adornada con banderolas y banderas extranjeras, se hallaba atestada de gente, alzándose en el centro el estandarte de los Santos Lugares, rodeado de escudos que ostentaban las iniciales R. F. de la república francesa, como nación protectora de las Misiones católicas en el Oriente.

A esta solemnidad religiosa fueron invitadas las autoridades locales, los cónsules de las naciones católicas, los jefes del Canal y varias familias distinguidas, acudiendo además todo un pueblo que profesa diferentes ideas religiosas.

El reverendísimo Padre Custodio, que exprofeso vino de Jerusalem para colocar la primera piedra del gran edificio, estaba en la ceremonia rodeado de doce franciscanos, dos sacerdotes griego católicos y el cura armenio.

En el centro del estrado de honor se hallaban el cónsul de Francia y su canciller de uniforme, y ostentando sus condecoraciones; el subgobernador, en representación del gobernador general ausente; el cónsul de Italia y su canciller; el canciller austriaco, en representación del cónsul ausente, varias damas, los jefes del Canal, etc., etc.

La música militar egipcia ocupó el ala izquierda, y la derecha unas cien huérfanas del Hospicio acompañadas de algunas monjas.

El conjunto que ofrecía esa solemnidad católica al aire libre, en un país musulmán, era original en extremo; en el gran corro llamaron sobre todo la atención los turbantes blancos de los mulsumanes con los vestidos de los días festivos, notando en el brillo de los ojos á más de un sudanés y varios nubios. Si á éstos se agregan los individuos pertenecientes á casi todas las potencias europeas, á los griegos católicos y cismáticos, armenios, maronitas, coftos y protestantes, se tendrá exacta idea de la sociedad cosmopolita que rodeaba al ilustre Custodio de la Tierra Santa, que tiene ganada la fama de bondadoso, trabajador y justo, persona de esmerada educación, y muy ilustrada, timbres preciosísimos para cumplir su delicada tarea.

El secretario del Reverendísimo leyó en alta voz desde una pila de piedra en forma de pirámide el acta de la ceremonia, siendo firmada en el acta por el Custodio, el Párroco, cónsules y cancilleres de Francia, Italia y Austria, el subgobernador y varios personajes.

Ese documento fué encerrado en una cajita de cristal con monedas de oro pertenecientes á las naciones latinas, agregando una del Papa Pío IX y otra de la potencia territorial. El cónsul de Francia entregó una de 20 francos, y el cónsul español una pieza de 25 pesetas.

Tung-King oriental —El P. Tomás Guirro, O. P., escribe desde Lien-Dinh el 28 de agosto de 1885:

«Aquí estamos ahora con el cólera. Han muerto ya

muchos franceses y varios anamitas; éstos mueren muy tranquilos. Hasta ahora en este partido sólo atacó á esta cristiandad donde resido; en ella han muerto dos casadas, dos viudas, dos solteras, un muchacho de unos doce años y varios niños. Ningun hombre ha muerto, sólo unos pocos han sido atacados levemente; ya están libres. Luego que se presentó el primer caso, acudieron á mí los principales del pueblo pidiendo oraciones, ayunos y una Misa. Efectivamente, hice ayunar á todo el pueblo un día, y en aquella noche le hice acudir á la iglesia, en donde se rezó un rosario entero á la Santísima Virgen, despues se hizo un acto de contrición, y á la mañana siguiente les dije la Misa que pidieron, á la cual acudieron muchos; les exhorté á la penitencia, y se presentaron muchos á confesar durante algunos días. Ahora, gracias á Dios, ha cesado; hay algun caso, pero ligero, sin que se verifique defunción...

«Todo Tunquin está sublevado, la capital está como sitiada. En todas las toparquías, excepto la de Hai-Phaong, hay varias partidas; nos han saqueado algunas cristiandades y cogido un catequista. Anteayer se oyó un fuerte cañoneo durante algunas horas, y dicen que se batieron con los franceses cerca de la capital. Los franceses parece que no hacen caso; no sé por qué; será tal vez por causa de los calores ó por alguna orden superior. Lo cierto es que estando el Sat en mucho peligro y cercado de piratas por algun tiempo, y otras cristiandades tambien, hemos pedido auxilio y los franceses se hacen los desentendidos. Entre tanto la revolución aumenta mucho, de modo que apenas se puede ir á los enfermos con seguridad, tanto por rio como por tierra. No sabemos en qué parará esta revolución. De los franceses mueren más ahora del cólera y de calenturas que en las batallas, cuando estaban con la guerra china. Alguna vez se me ha ocurrido la idea de que los franceses tal vez se vean obligados á abandonar este por insalubre, y entonces... creo que habrá otra persecución tan atroz como las anteriores. No desconfío, aunque muy indigno, de verme encarcelado, pues es mucho el odio que estos infieles tienen á nuestra santa Religión y á todo lo europeo.»

—El mismo Padre escribe el 11 de Octubre de 1885:

«Las cosas en Tunquin han llegado á un estado peor que de persecución. La toma de la corte de Hué por los franceses exasperó el ánimo de los tunquinos de tal modo, que, habiéndose levantado los literatos, lo han pagado justos por pecadores, siendo asesinados solamente en la Cochinchina oriental más de 21,000 cristianos, juntamente con ocho misioneros franceses, varios indígenas y muchos catequistas: es decir, más muertos que en ninguna persecución. En el vicariato occidental de los franceses tambien han muerto muchos; en los tres vicariatos nuestros la reyerta ha sido bastante reñida, han matado algunos catequistas y súbditos de la casa de Dios; mas en este vicariato hasta ahora, gracias á Dios, ninguno, pero ha sido preso un Padre secular indígena, y dispersos seis distritos, en los cuales cinco Padres indígenas, para salvarse, han tenido que esconderse. Han sido saqueadas é incendiadas muchas cristiandades, lo que no dejará de ser causa de hambres en el año siguiente. Los bandidos el 30 del pasado quemaron varias casas en un pueblo infiel junto á Lien-Dinh, lo que fué causa que mandara todo el hato á otra parte más segura, y estuviéramos alerta para echar á correr, dado caso que vinieran aquí; pero gra-

cias á Dios se fueron á otro pueblo más lejano. La vida de todos, misioneros y neófitos, está, digámoslo así, en el aire; porque nada, absolutamente nada hay que esperar de los franceses, que sea favorable á la Religión. Desde que están en Tunquin, han causado más detrimento á los intereses de Jesucristo que todas las persecuciones juntas, como lo podrá ver V. P., si gusta, en una compendiada historieta, que desde que los franceses entraron en Tunquin, envió al P. Iztegui, para que vea y sepa un poco de lo que ha pasado y pasa aquí. ¡Qué dolor para el misionero ver á sus neófitos en medio de las llamas por causa de los franceses, los cuales, pudiendo defenderlos y librarlos con mucha facilidad, no quieren hacerlo por más que el misionero se lo pida de rodillas día y noche! Se necesita tener entrañas de fiero para observar con el antejo cómo los pueblos son saqueados é incendiados, y dejarlos abandonados así, pudiendo disparar cualquier cañonazo y dispersar á todos los bandidos. Soy de parecer que, atendido el estado de cosas, si los chinos se enredan otra vez con los franceses, lo que puede ser muy fácilmente, no queda un cristiano vivo.

«Jamás desde que estoy en Tunquin he visto las cosas en un estado tan fatal y peligroso para los cristianos como en la actualidad, por causa de ser injustamente tenidos por afrancesados por los bandidos, y como traidores por parte de los franceses. De lo que resulta que están entre dos espadas. Los misioneros europeos vemos á lo léjos venir las borrascas: por lo mismo nos podemos librar poniéndonos en salvo á tiempo. Los misioneros ya vimos venir hace tiempo la calamidad actual, y también sabíamos el medio para evitarla. Por eso ya dimos el grito de alarma, pero las autoridades francesas no hicieron caso. Nuestro vicariato aun menos mal, pues tenemos camino para poder escapar, lo que no tienen otros. No se puede decir qué será de Tunquin, porque todo está en el aire. Estando todo revuelto, el periódico de Há-Nói dice que todo está en paz, mintiendo descaradamente.»

—El P. Nicasio Arellano, O. P., dice desde Hai-Phong el 12 de noviembre de 1885:

«Salimos de Manila el 1.º de octubre, y llegamos á Hong-Kong el 4, de donde partimos el 27. El viaje lo tuvimos bastante malo, aquello era un balanceo continuo. Estuvimos sin comer hasta Hai-Phong, á donde llegamos el 29 por la noche. Fué tanta la alegría que

recibieron los cristianos al ver á dos nuevos misioneros, que no sabían qué hacer con nosotros.

«En Hai-Phong estuvimos en compañía del Padre vicario, P. Félix y P. Carbajo diez días. El día de Todos los Santos hicimos una función solemnísimá. El Padre Félix celebró la Misa, los dos nuevos misioneros de ministros, los Padres anamitas y los moralistas cantaron la música; por cierto que lo hicieron muy bien.

«Por la noche cantamos una vigilia, antes de la cual predicó un Padre anamita. El día siguiente se cantó la Misa de difuntos con igual solemnidad.

«Los cristianos sumamente fervorosos estaban entusiasmados, porque era la primera vez que veían funciones tan solemnes. Es cosa que encanta el ver y oír á estos cristianos rezar horas y horas enteras sin cansarse.

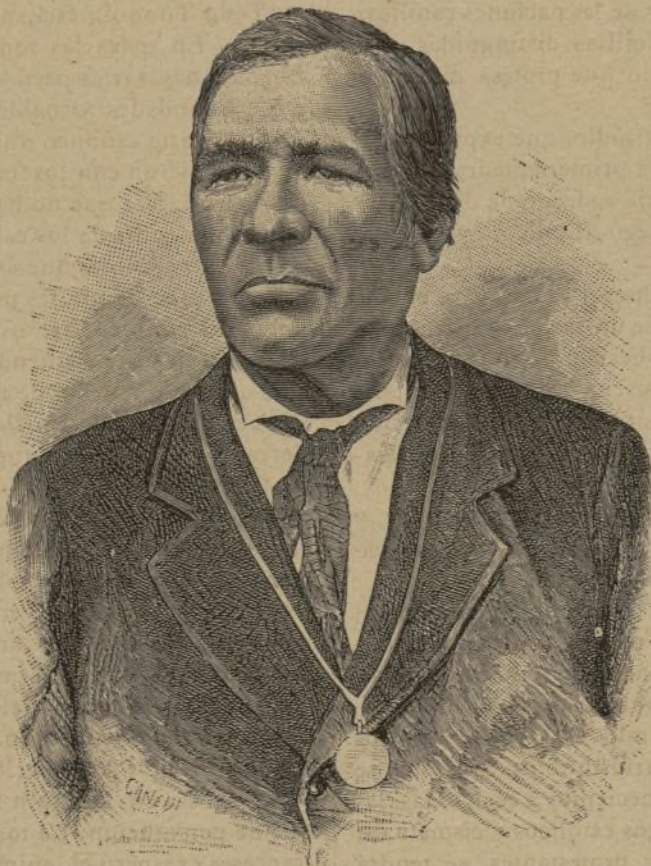
¡Ah! muchos trabajos hay que pasar; pero Dios lo recompensa con el consuelo que uno recibe viendo tantas almas, que de día y de noche le están alabando y deteniendo el brazo de su justicia, que está amenazando descargar sobre otras tantas almas desgraciadas, las cuales al mismo tiempo le están injuriando y provocando á ira el furor de su divina Justicia. Dios se digne multiplicar el número de estos fervorosos cristianos.

«El 7 del actual subimos á la capital á visitar al Sr. Terrés, el Padre Perez y yo, acompañados del Padre vicario.

«Nos detuvimos en la capital tres días, después de los cuales, el P. Perez marchó para su vicariato acompañado del P. Bonifacio, y yo me bajé para Hai-Phong con el Padre vicario.

«Mañana marcharé con el Padre vicario á su residencia para emprender el estudio de la lengua anamita, la que, segun me dicen todos, me costará muy poco.

«Anímense los buenos sacerdotes para que vengan por estas tierras. Que no se asusten por más que oigan los trabajos que hay que sufrir. Porque aunque es verdad que no está muy bien la cosa, sin embargo no hay que perder el ánimo. Dios está por nosotros.»



PONTIAC. — Amable Stoqua, antiguo jefe salvaje de la tribu de los algonquinos, intérprete de los misioneros. (Pág. 429).



OBRA DE LAS VOCACIONES APOSTÓLICAS

PARA LA EVANGELIZACION DEL ÁFRICA.



IEZ y ocho siglos há que los Apóstoles recibían de boca de su divino Maestro estas palabras: «Id, enseñad á todas las naciones.» Y han salido esos heraldos de la buena noticia; hánse dividido el mundo y hánle iluminado con la antorcha de la fe y de la verdad, desde el ocaso hasta el oriente. Han plantado la cruz de Nuestro Señor como señal de perdón, y cobijado por la sombra de ese madero sagrado, el viejo mundo se ha sentido transformado. Ha pasado de la muerte á la vida, y la práctica de las virtudes cristianas le ha abierto tesoros de esperanza y consuelo.

No bien se conocía el Nuevo-Continente, cuando volaban apóstoles á la conquista de las almas que le poblaban. Solo entre todos, el pueblo africano ha quedado hasta ahora en sus tinieblas y abyección. La maldición pronunciada contra Canaan agobia á sus hijos desheredados de todos los bienes. Y aunque antiguamente la luz de la fe haya esparcido algun rayo en esas playas, tiempo há que las tinieblas las han invadido de nuevo. Nada iguala el abandono y las desgracias de ese pueblo, entregado á todos los horrores, á todas las vergüenzas de la barbarie y privado de toda esperanza. El demonio reina con poder absoluto en esas infelices playas en donde la sangre humana se ofrece en sacrificio á sus despiadados dioses. De tan largo y cruel desamparo tiene el secreto la Providencia; pero la hora de la misericordia ha llegado para los hijos del maldito, y por uno de esos contrastes que sólo están en manos de Dios, en este siglo de frivolidad y de egoísmo, vemos producirse abnegaciones bastante sublimes para ir á ganar para Jesucristo esas almas que cada día, por centenares, por falta de luz, comparecen ante el tribunal de Dios sin ser marcadas con el sello de la Fe.

El desamparo en el cual se dejaban esos millones de indígenas que pueblan el inmenso Continente africano dió origen al seminario de las Misiones africanas. Establecida en Lyon (Francia) en 1856 por Monseñor de Marion de Brésillac, bendita en sus principios y fomentada por la Santa Sede, la obra envía obreros evangélicos al Dahomé, á la Costa de oro, á la Costa de los esclavos (Guinea), al Níger, pueblo aun fetiquista y entregado á los sacrificios humanos.

Numerosos misioneros han trabajado ya en ese dilatado campo; han abierto estaciones, edificado escuelas, fundado Misiones que prometen florecer en esos pueblos negros, siempre explotados con avidez y cruelmente rechazados por la civilización. A medida que esas Misiones se han desarrollado, se ha hecho más patente la necesidad de acrecentar el número de los obreros evangélicos, encargados de anunciar la buena noticia á las numerosas tribus dispersas en esos inmensos territorios.

Con ese fin, una Escuela apostólica fué fundada en Santa María de Buggedo, provincia de Burgos, en 1881. Varios jóvenes han oído nuestro llamamiento y han venido á golpear á nuestras puertas pidiendo alistarse en esas rudas y lejanas milicias. Acaban en nuestra casa sus estudios de latin antes de ser enviados á nuestro Seminario mayor, en donde se completa su instrucción clerical. Todos esos jóvenes apostólicos nos traen su buena voluntad y abnegación personal, vienen á sacrificarse

para la salvación de las almas degradadas, las más despreciadas y desheredadas de la tierra. Pedimos para ellos los medios de seguir su vocación, pedimos á todos los católicos, sacerdotes y laicos, que se sienten abrasados del amor de Dios, que sostengan con sus limosnas un establecimiento del cual depende la salvación eterna de millones de almas. La obra que recomendamos tan encarecidamente á nuestros hermanos en el sacerdocio, es obra católica, es instrumento necesario á la divina Obra de la propagación de la Fe, que necesita misioneros para mandarlos á las extremidades del mundo: pero la Obra de la propagación de la Fe no los prepara, no los forma, no invierte sus caudales en la fundación y vida de ningún Seminario. Sus estatutos se lo prohíben terminantemente. Es preciso, pues, entregarle misioneros prontos para partir; y es lo que hacemos nosotros. Pero la existencia, el desarrollo y el porvenir de nuestra casa apostólica dependen de la benévola limosna que solicitamos.

Todos han de contribuir con sus ofrendas á sostenerla y mirar como un deber ser contados entre los apóstoles de los negros.

M. RAY, misionero apostólico.

Enviar las ofrendas y dirigirse para todo lo concerniente á la obra de las Misiones africanas al Rdo. Padre Ray, Superior de la escuela apostólica de las Misiones Africanas en Santa María de Buggedo, por Miranda de Ebro, Provincia de Burgos.

AFILIACION Á LA OBRA DE LAS VOCACIONES APOSTÓLICAS
PARA LA EVANGELIZACION DEL ÁFRICA.

A nadie puede ocultarse la importancia de esta obra, esencialmente cristiana y civilizadora. Su fin, según lo tenemos dicho ya, es formar apóstoles para el *Vicariato Apostólico del Benin*, las *Prefecturas apostólicas del Dahomey*, de la *Costa de Oro* y de *Marfil*, y la del *Níger* y *Binué* (Golfo de Guinea, en la Costa occidental de Africa), como también para la *Prefectura Apostólica del Delta* (Bajo Egipto): vastísimo campo, confiado por la Santa Sede al celo de la Congregación de las Misiones Africanas, la cual envía á aquellos países sus Misioneros apostólicos, sus Hermanos coadjutores y Hermanas Religiosas.

La Santa Sede tiene concedidas numerosas indulgencias á los fieles que con oraciones y donativos contribuyan al sostenimiento de las casas donde se preparan los Misioneros y las Religiosas encargadas de llevar la luz del Evangelio y la civilización cristiana á las tribus salvajes y bárbaras de estas Misiones.

Indulgencias plenarias.

- 1.º Día de la recepción ó afiliación.
- 2.º Día de la Fiesta de la Santa Corona de espinas de Nuestro Señor Jesucristo.
- 3.º Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.

Condiciones.—Confesión, Comunión y visita á una Iglesia, orando en ella por las intenciones del Sumo Pontífice.

- 4.º In artículo mortis.
- Condición.*—Invocar de Corazón, si no se puede con palabras, el Santo Nombre de Jesús.

Altar privilegiado para la Misa celebrada cada viernes del año en sufragio de los socios difuntos.

Indulgencia parcial.

Se gana Indulgencia de 60 días cuantas veces practique un afiliado alguna buena obra por el buen éxito de las Misiones Africanas.

Además, como por la afiliación se establece un vínculo perpétuo entre los Misioneros y los fieles que cooperen á la Obra de las Vocaciones Apostólicas, los bienhechores de la Obra tienen participación:

- 1.º En los trabajos y obras de los Misioneros.
- 2.º En las oraciones de los negros convertidos y en la gratitud eterna de los muchísimos niños bautizados en el artículo de la muerte.
- 3.º En las oraciones que diariamente se rezan por los Bienhechores y Fundadores de la Obra.
- 4.º En una Misa que se celebra todos los viernes del año por los afiliados vivos y difuntos.
- 5.º En un Oficio solemne que tendría lugar cada año, el viernes inmediato á la conmemoración de los difuntos, por los afiliados difuntos y sus parientes.

CONDICIONES PARA TENER PARTICIPACION EN LOS FAVORES
DE ESTA ASOCIACION ESPIRITUAL.

Dar sus nombres y apellidos y remitir un donativo como Fundador, Protector, ó Afiliado de la Obra.

1.º Son Fundadores perpétuos los que ofrecen un capital de 10.000 pesetas, para fundar una beca para el sostenimiento perpétuo de un Misionero; tendrán derecho, después de su muerte, á 365 misas personales, y la certidumbre de haber hecho una obra católica por excelencia.

2.º Son Fundadores simples los que dan por una vez 1.000 pesetas; y tendrán derecho, después de su muerte, á 50 misas por el descanso de sus almas.—

Todo Fundador que adopta así á un Misionero, participa de todo el bien que éste haga entre los infieles, y tendrá su nombre grabado sobre una lápida de mármol colocada en nuestra iglesia.

3.º Son Protectores los que ofrecen por una vez 300 pesetas ó prometen una limosna anual de 25 pesetas.

4.º Son Afiliados los que dan anualmente una limosna de 5 pesetas.

5.º Son Socios los que dan anualmente 1 peseta.

6.º Son Bienhechores los que dan una limosna cualquiera.

NOTA. Se pueden asociar los niños, y será obra excelente inscribir también á los finados para que participen de los sufragios sobredichos. Se reciben también donativos de efectos, como ropas, comestibles, vestidos, mantas, libros y todo lo que puede servir para el vestuario de la sacristía y el culto divino.

Escuela Apostólica de las Misiones Africanas en Santa María de Bugedo, por Miranda de Ebro, Provincia de Burgos.

La Escuela Apostólica de Santa María de Bugedo tiene por fin preparar jóvenes para el apostolado. Deseando prestar su humilde concurso á la extensión del reino de Dios en la tierra, por la multiplicación de los Obreros evangélicos y por su buena formación, pide á las familias cristianas, sin distinción de clase ni de fortuna, niños piadosos, inteligentes y abnegados, en quie-

nes se manifiesten gérmenes de vocación para esta santa carrera. Después de aprobada la existencia de esos gérmenes, los desarrolla por una cultura apropiada para que den todos los frutos que la Religión puede esperar de ellos. En una palabra, la Escuela apostólica es un plantel de jóvenes Misioneros y la esperanza del porvenir para las Misiones Africanas.

Condiciones de admision.

1.º No se pide á los padres para gastos de pensión sino aquello que ellos pueden y quieren dar.

2.º Los alumnos cursan en la Escuela los ramos necesarios para ser admitidos en el Seminario Mayor de las Misiones Africanas. Mientras duran los estudios no van á sus casas para las vacaciones; toman en el establecimiento mismo el descanso y recreos convenientes. Los padres ó apoderados de los Apostólicos prometen no reclamarlos para las vacaciones y dejarlos entera libertad para seguir su vocación. Esa promesa, escrita y firmada, ha de traerla el alumno para ser admitido. Bien entendido está que entra en la Escuela con el único fin de prepararse allí para la vida Apostólica; en caso de quedar defraudadas las esperanzas que había hecho concebir el aspirante, no podría continuar en el Colegio sin perjudicar vocaciones más serias.

3.º Para ser admitidos, los alumnos han de ser hijos legítimos; gozar de buena salud; haber comulgado por primera vez y cumplido los doce años; conocer suficientemente el castellano, la ortografía, el análisis, etc. Se da la preferencia á los que han principiado con buen éxito el estudio del latín.

UN MISIONERO DOMINICO TRAZANDO UNA CARRETERA EN FILIPINAS.

De una carta que el P. Juan Villaverde escribe al Padre Provincial desde Ibugel el 28 de marzo de 1885, tomamos lo siguiente:



Como la pluma para exponer á V. R. la buena marcha del camino comenzado y otras cosas importantes al asunto de la Mision proyectada en el Quiangan; todo con el fin de que V. R. participe de la satisfacción de que yo gozo, y se anime así á promover pronto cuanto conduzca á la deseada reducción y conversión de tantas y tan pobres gentes como gimen esclavas y envueltas en sombras de muerte y salvajismo.

Aunque las herramientas no han llegado todavía, sabe ya V. R. que se comenzó la prolongación del camino desde el sitio llamado Bolog hácia el Quiangan; de manera que, aunque con la falta de asistencia de igorotes, pues les escasea el alimento por la sequía pertinaz del tiempo, y por otras causas que quizás indicaré más abajo, se han hecho cerca de tres kilómetros, faltando ya sólo uno para llegar á dar vista al Quiangan ó á la comarca de su nombre. En lo demás ya tengo repetido á V. R., y se lo confirmo ahora, que dicho camino sale suavísimo sin pendiente alguna, evitándose toda clase de peligros ó precipicios cercanos que pudieran causar temor á los débiles de cabeza. Además, puedo ya responder á V. R. que todo lo restante del camino hasta el mismo Quiangan resultará, cuando se abra, con la misma suavidad, pues me sirvo para tra-

zarlo escrupulosamente, del nivel consabido, y tengo explorado y recorrido todo el trayecto y terrenos contiguos.

Con efecto, P. N., en esta semana, que hoy termina, me he ocupado en recorrer y visitar la parte que da al Quiangan, habiendo llegado á las rancherías de Ibaay y al cuartel de allí, atravesando y observando dichos lugares, y volviendo por los mismos y otros contiguos á mi cuartel general de Boloc ó sea á mi casita, centro de operaciones.

Paso por alto, P. N., las fatigas y sudores que en tales viajes por bosques y malezas he pasado; sólo sé decir á V. R. que los buenos resultados obtenidos y los que espero se obtendrán, y la satisfaccion que todo esto me causa, me los hacen olvidar. Y tambien debo dar muchas gracias á Dios por la felicidad con que mis gentes y yo hemos hecho tales viajes y exploraciones sin contratiempo alguno; y sí gozando de una salud tan buena como cuando estaba quieto en ésta de Ibung. En todo esto reconozco la proteccion especial de san José bendito, á quien tengo encomendado el buen suceso y fin de tales pasos y viajes, así como la prosperidad de las Misiones deseadas y la reduccion de los igorotes. Y páreceme que con la confianza que Dios me da en la proteccion de tan gran Santo, he de conseguir el fin de mis ardientes deseos, por más que rabie el diablo, y por más obstáculos que trate de ponerme en el camino. En fin, P. N., yo no desmayaré, Dios mediante, por más obstáculos que este traidor envidioso me ponga, porque Dios y san José espero lo han de humillar impidiéndole salga con la suya. Y hasta ahora ciertamente que tengo probada tal ayuda que es para mí segura garantía de lo que espero para adelante; y con tal ayuda y auxilio apenas me haria mella aunque me viese privado del apoyo de los hombres, y aún cuando se me opusiesen.

Digo, pues, á V. R. que al recorrer y atravesar por varias partes los terrenos y montes que dan vista al Quiangan, quedé encantado de lo espacioso de tales sitios, de su fertilidad con aguas corrientes y fuentes que bajan de las alturas á pesar de ser tiempo de tantas sequías, y de las vistas preciosísimas que presentan. Pero lo que más me llamó la atencion fué que la mayor parte de aquellos terrenos y ondulaciones están cubiertas de pilápiles y sementeras antiguas abandonadas.

Por allí ví los restos de muchas rancherías que existieron en otros tiempos, como cocos y aun mangas, cagelles, etc. ¿Cómo se explica que hayan desaparecido casi por completo tales rancherías? La causa principal, segun me han explicado igorotes, fué una terrible peste de cólera que les acometió, muriendo muchísimos, y huyendo los demás á otros puntos. Debió suceder esto hácia el treinta y tantos de este siglo, ó sea poco despues de haber penetrado la famosa expedicion militar del coronel Galvey en el Quiangan y otras comarcas. Despues de tan terrible azote los silipanes ó mayoyaos, como los llaman, se fueron encargando de la obra destructora haciendo abandonar á los grupos que quedaban, lugares tan preciosos y fértiles; de manera que á la hora presente sólo quedan la ranchería

llamada Baguingues y un grupito en otro punto denominado Murung, y las de Dinapungan y Umbuc. Pero, ciertamente, P. N., el territorio y sementeras de Ibaay, Ambabag, Pindungan y otros de las cercanías parecen despreciables, á pesar de lo buenos que son, en comparacion de los que como digo se hallan abandonados y medio cubiertos de bosque y maleza. Por todo esto calculo yo que si volviese á poblarse tan fértil y espacioso lugar podría dar alimento y vida á un pueblo de ochocientas ó mil casas, incluyendo las rancherías de Ibaay, Ambabag y Pindungan, y esto sin contar las de la otra parte del Ibulau. Ahora comprendo por qué se habla en la Historia de las Misiones de Quiangan como de un *gran valle*. «El gran valle del Quiangan, se decia casi en mi tiempo, sien



CANADÁ. — Iglesia y convento de Pembroke, de una fotografía enviada por el Ilmo. Lorrain. (Pág. 429).

do así que, segun lo que yo y otros contemporáneos vimos, sólo podia decirse la *cuenca del Quiangan*.» Con efecto, considero de lo más rico, pintoresco y digno de admiracion un territorio semejante ante nuestros antepasados cuando lo vieron cultivado todo con el esmero y paciencia propia de los igorotes, segun Vuestra Reverencia sabe muy bien: le podian llamar con sobrada razon el *gran valle del Quiangan*, máxime visto desde la parte por donde se bajaba á él, cuyo panorama debía ser de los más encantadores.

Y precisamente el camino que voy trazando va á parar á los sitios por donde existia el antiguo, y en donde se estableció el fuerte llamado de Galvey, que yo he visto en mi excursion.

Ví, como es natural, el sitio llamado *Magulang*, y nó

parece sino que yo estaba inspirado al indicarlo á V. R. como muy á propósito para la Mision proyectada; porque apenas habrá sitio más precioso que aquel, á pesar de que hay otros que escoger. Por eso deseo que, si el expediente para el establecimiento de la Mision no fué cursado todavía, se la denomine en el que se haga la Mision de Magulang, nombre, por otra parte, fácil de pronunciarlo, y muy usado de los igorotes por la ranhería que representa.

En dicho lugar, además de ser céntrico, y muy á propósito para la colocacion del convento, etcétera, existe una fuente ó manantial abundante que vendria á quedar muy cerca de lo que seria plaza.

En fin, Padre N., aunque quisiera continuar diciendo cosas que me han entusiasmado, lo dejo por no ser más extenso; sólo le diré que cuando quede terminado el camino bajará serpenteando y tocando por las partes principales de dicha comarca tan magnífica, y así la dará vida verdadera.

Para que los igorotes de montañas ásperas y de pocas y malas sementeras vayan á cultivar y habitar un sitio tan excelente bastan dos cosas: 1.º que se establezca la Mision y misionero por allí para que no tengan miedo á las incursiones de los mayoaos, como dicen; 2.º que sean libres de apropiarse de las sementeras abandonadas sin necesidad de pagarlas á los que se dicen descendientes de sus primitivos dueños. A un igorote de Baguingue que se alegraba al decirle yo que iba á repoblarse aquel terreno, pero que quería que los

nuevos pobladores comprasen las sementeras, le reprendí por esto último y le amenacé si volvía á hablar de tales compras. Esto se arreglará con la sola presencia del misionero, y tomando las cosas de igorotes como se deben tomar, esto es, con pausa, perseverancia y decision, y mostrándoles el palo al mismo tiempo que el pan.

Puede decirse, P. N., que estoy ya recogiendo las

primicias de los frutos del camino; porque á causa de él, y viendo los igorotes que la cosa va de veras, han comenzado á apropiarse los terrenos de Bolog. Tienen desmontadas ya no recuerdo si doce ó catorce huertas grandes que dentro de un mes las sembrarán, Dios mediante, de mongos, camote, etc., y de palay en los años sucesivos; y he visto con agrado que los igorotes han trabajado de veras en esto por propia voluntad, señal de que les gusta aquel terreno. Al ver los del Quiangan la decision de los silipanes en cultivar tales terrenos que fueron de los antepasados de los primeros, les ha entrado envidia, y aunque se alegran de esto por una parte,

pero me suplicaron cinco de Pindungan que se les dejase á ellos un sitio determinado de sus antepasados para sembrarlo de palay el año próximo. Yo les dije que los terrenos eran del que primero los cultivase sin diferencia de razas, y que si querian fuese de ellos no tardasen en cultivar la parte pedida.

Ya han comenzado á contraer enlaces matrimoniales los silipanes de aquellas cercanías con algunos del



MADURÉ (Indostan). — Dos jóvenes brahmas del colegio de Padres Jesuitas de Trichinopoly. (Pág. 440).

Quiangan; con los fines *políticos* de entrar en amistad y parentesco mútuo: esta es buena señal. Ya ve V. R. que los igorrotos tienen también diplomacia.

Además de lo dicho, un grupo de igorrotos de la ranchería de Ponjal, silipanes, está haciendo huertas en el *Payauan*; de modo que si esto va adelante, unidos estos dos grupos á los ya existentes desde hace algunos años, resultará ocupado el intermedio del Quiangan á Ibung, y á distancias proporcionadas, con los barrios siguientes: Bolog, Dulayan, Payauan, Laueg, Balisi y Paniqui; estos dos últimos un poco desviados del camino.

Concluyo, P. N., suplicando á V. R., una vez más, que cuanto antes me deje desembarazado y expedito para ocuparme sin obstáculos en todo lo concerniente al camino, al Quiangan y á la Mision proyectada, para lo cual necesito que venga un Padre que se haga cargo de Ibung. Esto es de la mayor importancia, y créame en esto V. R. y no le pesará, Dios mediante, sino antes bien se alegrará. De lo contrario, es mucho el tiempo que se malogra y muchos los frutos que se pierden.

Establecida la Mision en Magulang, además de ser punto céntrico con respecto al territorio de su radio, quedará bastante cerca la ranchería de Lagauí por la parte del Este, y Palao por la del Occidente vendrá á quedar á igual distancia de ambos puntos, y lo propio sucederá con las rancherías de Ambabag, Ibaay, etc., y Bolog, bastante cerca por el Sur...

COSTUMBRES DE LOS INDIOS GUISNEYES.

El criminal ó inocente Luis Oliva nos dió minuciosos detalles de las costumbres de los bárbaros. Según sus relaciones, todas las tribus son generalmente perversas; no sólo carecen de toda aspiración de mejorar en sus condiciones de vida, sino que tienen un supersticioso apego á sus usos seculares; nada saben que hayan ignorado sus antepasados: los siglos han pasado sin modificar sus tendencias ni enriquecer sus estrechísimos conocimientos; no conocen el cultivo, ni otra ocupación útil, á excepción de los *chorotis*.

Las mujeres son de un tipo repugnante; tienen siempre la cara pintada; llevan en las orejas gruesos tarugos y un corto tejido de lana al rededor de la cintura, por todo vestido; tienen en fin, como la mayor parte de las de su sexo, desmedida afición á toda clase de oropeles.

Las tobas son crueles y celosas; armadas de espinas y huesos agudos, pelean con inaudito encarnizamiento, hasta matarse muchas veces; los hombres presencian impasibles tan sangrientos combates femeninos.

El matrimonio está prohibido entre parientes, especialmente siendo próximos.

El indio que desea casarse lleva y deposita un atado de leña en la puerta de su pretendida, poniéndolo á su disposición; entre tanto que aquel se retiró á su estancia, la mujer consulta con sus parientes; si del consejo de familia resulta aceptado el matrimonio, la novia recoge la leña; si sucede lo contrario, la quema en la misma puerta, y el solicitante no debe pensar más en ella.

La ceremonia del matrimonio es muy sencilla; el más anciano de los parientes, con intervencion del Ca-

cique, corta una guedeja de cabellos de la frente de los novios, que quedan con ellos unidos hasta la muerte; es desconocida la poligamia en todas las tribus, á excepción de los caciques.

La mujer salvaje domina á su marido y es más valiente que él: cuando las hostilidades de aquella llegan hasta impacientarlo, éste es la víctima irremisible é impunemente, cuando muere teniendo hijo de pechos; es enterrado con ella.

En la guerra las mujeres desempeñan un papel importante: en el momento preciso, llevan cantando y en procesion, por los ranchos, cráneos, cabelleras y otros trofeos tomados de sus enemigos en combates anteriores; arrojan al aire todos esos objetos recordando con gritos horripilantes las venganzas que ejercieron con sus adversarios; vuelven despues á sus cabañas; distribuyen de propia mano las flechas á sus maridos, recomendándoles valor y fortaleza, y ofreciéndoles, si regresan victoriosos, abundante *aloja*. Los hombres, estimulados por esas espartanas salvajes, se ponen su cota tejida de *karaguará*, sus corazas de piel de *jaguar*, que son sus armas defensivas, sus lanzas macanas, y flechas, y alimentan su ferocidad comentando los males que les han hecho los enemigos con los que tienen que combatir.

El hombre en ningún estado ha creído que su suerte dependa exclusivamente de sus propios esfuerzos; siempre ha creído en la intervencion de seres superiores, en los negocios humanos: los tobas invocan, para lanzarse á los combates, un Dios invencible que llaman *Payak*; luego se punzan con espinas y agudos huesos de pescado; se amarran las muñecas con cuerdas, y se pintan la cara para hacerse más horribles. Es espantosa la gritaría y la bulla que hacen con sus silbatos y otros instrumentos de cañas y *porongos*, para entrar en combate, que suele durar hasta tres y ocho días.

Las mujeres, á poca distancia del lugar de la pelea, esperan á los combatientes con pescados, bebidas fermentadas y remedios para curar á los heridos. Los victoriosos, ébrios de gloria y de *aloja*, llevan en procesion á los prisioneros por cuantas rancherías pueden, entonando cantos insultantes, imputándoles los males causados en la guerra.

Los salvajes tratan de espíritus malos; brujos ó adivinos á los cristianos, y se reputan mejores que éstos: respetan á los ancianos y el pudor de las doncellas; son muy aficionados á los juegos; en las orillas del río dirigen sus flechas al centro de un círculo que forman ellos mismos; son excelentes ginetes; no usan monturas ni cosa que se parezca: un solo cordel amarrado á la boca del caballo les basta para manejarlo primorosamente; los ginetes visten un *colete* de cuero de cabra ó de tigre.

Sus armas son: la macana, lanza, el cuchillo y las flechas; las de los jefes tienen en la punta huesos puntiagudos dispuestos de una manera especial para quedarse en el fondo de la herida que causan. La macana es de una madera muy fuerte y pesada que llaman *toklesi*; la manejan con admirable destreza y agilidad, sin perderla jamás, porque la amarran de un extremo al brazo.

A los agonizantes que por largo tiempo luchan con la muerte los acaban de matar á golpes de macana; á las mujeres las entierran cabeza abajo en cántaros de barro. En sus fiestas, que parece tienen por objeto recordar sus luchas gloriosas, se embriagan generalmen-

te; es entonces que lloran, recordando á sus héroes y parientes muertos en la guerra; entonan lúgubres cantos y juran vengar su sangre.

Los cristianos que caen en poder de los salvajes sirven á sus caciques como esclavos; tienen mucha desconfianza de ellos y les obligan á vivir en una choza apartada de sus ranchos; jamás participan de sus fiestas y reuniones, se ocupan únicamente de cazar y pescar para sus bárbaros dueños. Esta era también la suerte de Luis Oliva, á quien debemos estos detalles.

Sus ranchos son provisionales y están hechos de *totoras* y otras ramas de árboles, muy poco distintos de las chozas de nuestros indios chacareros; en la estación de aguas los queman y se internan en los bañados ó lagunas, donde permanecen hasta el invierno.

EFEMÉRIDE.

Nombres ilustres ha dado á la Compañía de Jesús la ciudad de Vich, así en el pasado como en el presente siglo, figurando indudablemente en primera línea entre los últimos el P. Bernardo Parés. Deseábase hace tiempo escribir una biografía de este varon apostólico á fin de que no fuesen olvidados de sus conciudadanos sus altos merecimientos, cuando una persona piadosa ha tenido la amabilidad de proporcionar el Elogio en latín que del esclarecido Padre se guarda en los archivos de la Compañía. Fielmente traducido lo damos hoy á nuestros lectores, quienes admirarán en este documento, elocuente por su laconismo, los preclaros hechos de la laboriosa vida de nuestro compatriota, verdadero apóstol de la América del Sur. Dice así:

«El P. Bernardo Parés nació en Vich, ciudad de Cataluña, el 28 de noviembre de 1803, y dió su nombre á la Compañía de Jesús en Madrid á 1.º de octubre de 1824. Ya antes de su ingreso estaba tan aprovechado en humanidades y filosofía que, apenas concluido el noviciado, las enseñó en el Colegio de Palma con gran satisfacción de todos. Con igual aplauso enseñó allí matemáticas sin que se las hubiesen enseñado; mas por el ímprobo trabajo que le costó entonces su estudio, resultó que encanecieron por completo sus cabellos á la edad de veinte y cuatro años. Ordenado de sacerdote á primeros de marzo de 1828, por espacio de dos años ejerció los sagrados ministerios: mas vuelto á Madrid, con tal éxito se dedicó á la teología que le mandaron dar lecciones de ella, dando además un curso de lengua hebrea y desempeñando por dos años el cargo de director espiritual del Colegio de Nobles. Expulsados los Jesuitas de España, fué destinado á la nueva Mision del Paraguay, y embarcándose en Cádiz con seis compañeros más á 3 de febrero de 1837, arribó á Buenos-Aires el 27 de marzo del mismo año. Allí con gran satisfacción de todos dirigió cinco años el Colegio y la Casa-residencia, en cuyo tiempo explicó también teología dogmática y moral todo un trienio, dedicándose además con gran asiduidad al sagrado ministerio del confesonario. Pero iba creciendo ya de día en día aquella terrible persecucion del presidente de la República contra el Colegio de los Padres, que habia de acabar con la extincion de toda la Mision que se habia dilatado ya por otras provincias, cuando, hecha la profesion de los cuatro votos en 2 de febrero de 1841, fué el P. Bernardo destinado á las Misiones, y recorriendo en dos años

junto con el P. Anastasio Calvo las provincias de Montevideo y Corrientes, al fin entró con el mismo compañero en Paraguay. Aunque en esta República, por la tiranía de un solo hombre, andaban revueltas las cosas divinas y humanas, no obstante les fué permitido al P. Parés y á su socio recorrer en tres años esta provincia, dando Misiones ó mas bien novenarios (puesto que estaban las Misiones prohibidas por el tirano), y aún en la ciudad misma de la Asuncion enseñar teología moral y matemáticas por algun tiempo á unos pocos discípulos. El año 1844, invadidas aquellas regiones por la peste, socorrió en gran manera no sólo á los infestados, sino también á los sanos que, puestos en extrema necesidad, no podian procurarse los alimentos para sustentarse.

Hecho todo para todos, recorría á caballo de dia y de noche la ciudad y los campos, sin darse punto de reposo mientras hubiese enfermos ó hambrientos á quienes socorrer ó asistir. Compadecido también de los infieles, empezó á componer y casi llevó á término un diccionario de la lengua india de aquel país. Nombrado luego Superior de la Mision, regresando á Montevideo, la gobernó por espacio de cinco años. Dos provincias fundó en la del Brasil, Riogrande; y cuatro años dirigió en el país de los indios coronados las *Reducciones*, que la calamidad de los tiempos y la perversidad de los enemigos de la Compañía de Jesús habian destruido.

Destinado despues por el reverendísimo Padre General á regir la Mision de Chile, llegó á Santiago el 22 de diciembre de 1852. Cuantos Padres corrian en aquel entonces por la República chilena, estaban ocupados solamente en los sagrados ministerios. Dedicóse, pues, á ellos, ocupándose principalmente en oír las confesiones; y era su parecer tenido en tanta estima, que muchos lo solicitaban en los negocios y asuntos mas difíciles: ayudando en gran manera, ya con sus consejos, ya en el mentado ministerio, al Arzobispo de Santiago en su primera visita pastoral de la diócesis. Tan alto era el concepto que todos tenian de su pericia en las cuestiones teológicas, que el Claustro de Doctores de la misma facultad tuvo á gran honor admitirle en su seno y honrarle con su diploma. Mucho trabajó también para el restablecimiento civil de la Compañía en esta República, pero prevalecieron sus adversarios, que, aunque pocos en número, eran en aquella época poderosos por su influencia y destreza. Queriendo satisfacer el deseo de muchos señores principales de tener en Santiago un Colegio de la Compañía para la educacion de la juventud, echó los cimientos de la obra en 24 de octubre de 1854, y gracias á los donativos de dichos señores, y principalmente de D. Francisco Ignacio de Ossa, tan aprisa pudo continuarse y concluirse, que á primeros de mayo del 56 pudieron ya los Padres inaugurar allí sus lecciones. Llamado á Roma por el Padre General para tratar de los asuntos de la Mision, sexagenario ya, se embarcó en Valparaiso á 18 de setiembre de 1863; pero á los dos meses, por motivos de salud se marchó otra vez á la Mision del Paraguay. En el Colegio de Santa Fe se hallaba cuando le encomendaron el cargo de vicerector de aquella Mision, y poco tiempo despues, unidas las dos Misiones chilena y paraguayana, fué designado para regirlas; mas luego acometido de una breve enfermedad en Buenos-Aires, á 30 de noviembre de 1867, murió santamente á los ojos del Señor colmado de dias y de méritos.»

À TRAVÉS DEL INDOSTAN.

A la amabilidad de un profesor del Colegio de los Padres Jesuitas de Madura, debemos los hermosos dibujos que hemos hecho reproducir por el grabado. Este envío iba acompañado de una noticia que nos apresuramos á publicar.

I.

ALUMNOS DEL COLEGIO DE TRICHINOPOLY.

El grupo de los dos alumnos representados en la página 437, lo componen un vella y un brahma. Como gran parte de los alumnos del Colegio pertenecen á esta última casta, parécenos conveniente decir acerca de ellos algunas palabras.

que sean, no son siempre indicio infalible de la belleza interior.

Nadie más fino, amable, elegante é inteligente como los jóvenes brahmas: su ardor por el estudio es incomparable: son capaces de mendigar para comprar un libro: fatíganse cuatro ó cinco en torno de un velon que sólo dá un pálido reflejo de luz: pasan así gran parte de la noche estudiando; levántanse antes del día, y tienen casi continuamente el libro en la mano. En todo esto parece entra por mucho la ambicion, pues les consta que su porvenir, los honores y las riquezas dependen de su éxito en los exámenes del Gobierno. En efecto, es en gran parte por este medio que pueden conservar el ascendiente y la preponderancia de su raza, tan decaída desde la dominacion extranjera.



MADURÉ (Indostan). — Fuerte de Trichinopoly.

En la *Enciclopedia británica*, obra feciente y muy extendida, leemos en el artículo *Brahmanismo*, lo que van á leer nuestros lectores:

«El brahma es no solamente un pensador, sino tambien un hombre de estudios: de complexion elegante, tiene la frente espaciosa, los labios finos y la boca expresiva; sus ojos son vivos y penetrantes, sus dedos delgados, y su andar noble y casi sublime. El verdadero brahma, con la orgullosa conviccion de su superioridad pintada en todos los músculos de su rostro, y sensible en cada movimiento de su cuerpo, es un admirable tipo de la humanidad.»

Si se compara este retrato físico, que no parece exagerado, con el retrato moral de esta raza tal como lo presenta san Francisco Javier, cualquiera puede convencerse de que las prendas exteriores, por seductoras

II.

EL FUERTE DE TRICHINOPOLY.

El peñasco y el fuerte de Trichinopoly son el orgullo del paganismo indo. Están coronados por una pagoda adornada con estátuas de gran número de dioses, dominando toda la ciudad. El nuevo colegio católico de los Padres Jesuitas está construido muy cerca, y uno de los templos paganos se ha convertido ya en sala de estudio presidida por una hermosa imágen de la santísima Virgen.

Las casas que rodean la peña están habitadas por las familias de los sacerdotes brahmas, cuyos hijos, educados en gran número en el colegio, se nutren todos los días con los ejemplos y palabras que reciben continuamente.